R·L·STINE

Pesadillas®

¡Cuidado con el muñeco de nieve!



Cuando Jaclyn se mudó a Sherpia con su tía Greta, creyó que se encontraba en medio de la nada. Este pueblo del Polo Norte del que nunca había oído hablar parece absolutamente desierto. Pero una presencia parece colmar el lugar de horror: delante de cada casa hay un muñeco de nieve. Cada uno luce una bufanda roja, una sonrisa malvada y una sospechosa cicatriz en la cara… ¿Serán ellos los auténticos y *gélidos* amos del lugar?



R. L. Stine

¡Cuidado con el muñeco de nieve!

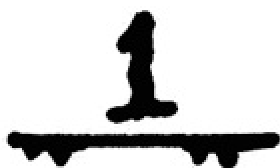
Pesadillas - 49

ePub r1.0
sleepwithghosts 15.03.14

Título original: *Goosebumps #51: Beware, the Snowman*
R. L. Stine, 1997
Traducción: Susana Castaño

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.0





Cuando la nieve se arremolina con el viento
y el día se hace viejo,
cuidado con el muñeco de nieve, mi niño,
cuidado con el muñeco de nieve,
que trae el frío.

¿Por qué recordé ese poema?

Era un poema que mi madre me susurraba al oído cuando era pequeña. Me parecía oír la dulce voz de mamá, una voz que no he oído desde que tenía cinco años…

Cuidado con el muñeco de nieve, que trae el frío.

Mamá murió cuando yo tenía cinco años, y me fui a vivir con mi tía Greta. Ahora tengo doce, y mi tía nunca me leyó ese poema.

Entonces, ¿qué fue lo que me hizo recordarlo mientras tía Greta y yo bajábamos de la furgoneta y contemplábamos nuestra nueva casa cubierta de nieve?

—Jaclyn, pareces preocupada —dijo tía Greta, poniéndome una mano en el hombro—. ¿En qué estás pensando, cariño?

Me estremecí; no por el gesto de tía Greta, sino por el viento gélido que no dejaba de soplar de la montaña. Me quedé observando la cabaña de techo plano que se iba a convertir en nuestro nuevo hogar.

Cuidado con el muñeco de nieve.

«Ese poema tiene una segunda estrofa —pensé—. ¿Por qué no logro recordarla?»

Me pregunté si todavía tendríamos el viejo libro de poesías que mamá siempre me leía.

—¡Qué casa tan acogedora! —dijo tía Greta, con la mano todavía sobre mi hombro.

Me sentía sumamente triste y desdichada, pero me obligué a sonreír.

—Sí, acogedora —murmuré. La nieve se adhería a los alféizares de las ventanas y llenaba los huecos entre los guijarros de la pared. Un montón de nieve se apilaba en el techo bajo y plano.

Las mejillas de tía Greta, normalmente pálidas, estaban coloradas por el frío. Aunque no es muy mayor, la recuerdo con el pelo blanco desde que tengo memoria. Lo lleva largo, siempre atado en una sola trenza que le llega casi hasta la cintura.

Es alta y muy delgada, y en cierta forma, bonita, con una cara redonda y delicada, y unos grandes ojos oscuros de mirada triste.

No me parezco en nada a mi tía. En realidad, no sé a quién me parezco. No me acuerdo muy bien de mi madre, y nunca conocí a mi padre. Tía Greta me explicó que él había desaparecido poco después de nacer yo.

Tengo el cabello ondulado, castaño oscuro, como los ojos. Soy alta y atlética. Era la estrella del equipo femenino de baloncesto en la escuela a la que iba en Chicago.

Me gusta hablar mucho, y bailar, y cantar.

Tía Greta se puede pasar el día entero sin apenas abrir la boca. La quiero, pero es tan estricta y callada… A veces quisiera que fuera más fácil hablar con ella.

«Voy a necesitar alguien con quien hablar», pensé con tristeza. Hacía sólo un día que nos habíamos ido de Chicago, pero yo ya echaba de menos a mis amigos.

«¿Cómo voy a hacer amigos en este pueblucho casi perdido en el Polo Norte?», me pregunté.

Ayudé a mi tía a descargar la furgoneta. La nieve crujía bajo mis botas.

Miré la montaña, cubierta de nieve. Nieve, nieve por todas partes. No se distinguía dónde terminaba la montaña y dónde comenzaban las nubes.

Las pequeñas casas cuadradas que se sucedían a lo largo de la calle tenían un aspecto irreal; parecían hechas de mazapán.

Era como si hubiera entrado en una especie de cuento de hadas.

Salvo que no era un cuento de hadas, sino mi propia vida.

Mi vida tan increíblemente rara.

Lo que quiero decir es que no entiendo por qué nos tuvimos que ir de Estados Unidos para venir a vivir a este pequeño y helado pueblo de montaña.

En realidad tía Greta nunca lo explicó.

—Es hora de cambiar —murmuró—. Hora de seguir adelante. —A veces era casi imposible sonsacarle más que unas pocas palabras.

Yo sabía que ella y mamá habían crecido en un pueblo como éste, pero no veía ningún motivo para mudarnos justo entonces. ¿Por qué tenía yo que dejar mi escuela y a todos mis amigos?

El pueblo se llamaba Sherpia. ¡Vaya nombre! ¿Puedes creértelo, irse de Chicago a Sherpia?

¡Qué suerte!, ¿eh?

En absoluto.

Ni siquiera era un centro de esquí. ¡Estaba prácticamente desierto! Me preguntaba si habría alguien de mi edad.

Tía Greta apartó con el pie la nieve acumulada en la puerta de nuestra nueva casa. Luego intentó abrir la puerta.

—La madera está combada —gruñó. La empujó con el hombro, y se abrió.

Es delgada, pero fuerte.

En cuanto empecé a entrar las bolsas, algo en el jardín de enfrente me llamó la atención. Curiosa como soy, me volví y lo observé.

Sofoqué un grito cuando lo vi con nitidez.

«¿Qué es eso?

»¿Un muñeco de nieve?

»¿Un muñeco de nieve con una cicatriz?»

Mientras lo observaba, el muñeco de nieve empezó a moverse.

2

Parpadeé.

No. El muñeco de nieve, en realidad, no se estaba moviendo.

La brisa formaba remolinos que agitaban la bufanda roja.

La nieve crujía ruidosamente bajo mis botas cuando me acerqué a examinar el muñeco.

Era un muñeco de nieve muy raro. Tenía delgadas ramas a modo de brazos; uno de ellos asomaba a un costado, el otro estaba extendido hacia arriba, como si me estuviera saludando. De cada rama salían otras tres sierpes en forma de dedos.

Los ojos eran dos piedras oscuras y redondas; la nariz, una zanahoria retorcida. La boca estaba hecha de guijarros y se curvaba hacia abajo en un gesto de desprecio.

Me pregunté por qué le habrían dado un aspecto tan malvado.

No podía dejar de mirar la cicatriz, larga y profunda, que surcaba la mejilla derecha del muñeco de nieve.

—¡Qué raro! —murmuré en voz alta. Raro es mi palabra favorita. Tía Greta siempre dice que necesito ampliar mi vocabulario.

Pero ¿de qué otra forma describirías un muñeco de nieve tan repugnante, con esa mueca de desprecio y esa cicatriz en la cara?

—Jaclyn, ¡ven a ayudarme! —Al oír la voz de tía Greta, aparté la vista del muñeco de nieve y me apresuré a volver a mi nuevo hogar.

Tardamos un buen rato en descargar la furgoneta.

Después de arrastrar la última caja al interior de la cabaña, tía

Greta encontró un cazo, y preparó chocolate caliente en la pequeña y antigua cocina.

—Acogedora —repitió.

Sonrió mientras estudiaba mi expresión con sus ojos oscuros.

Creo que estaba tratando de determinar si yo estaba triste.

—Al menos aquí dentro se está bien —dijo, sujetando entre sus manos la taza blanca de chocolate caliente. Todavía tenía las mejillas coloradas a causa del frío.

Yo asentí de mal humor. Quería animarme, pero era incapaz. Seguía pensando en los amigos que había dejado en Chicago. ¿Irían al partido de los Bulls esa noche? A todos mis amigos les gustaba el baloncesto.

«No creo que juegue mucho al baloncesto por aquí —pensé con amargura—. Aunque les guste, ¡seguro que ni siquiera hay suficientes niños en el pueblo para formar un equipo!»

—Ahí arriba no tendrás frío —me dijo tía Greta interrumpiendo mis pensamientos. Estaba señalando el bajo techo.

La casa tenía solamente un dormitorio que iba a ser la habitación de mi tía. La mía era la pequeña buhardilla bajo el tejado.

—Voy a ver qué tal es —dije. Al levantarme, la silla rechinó contra el suelo de madera.

La única forma de acceder a mi habitación era por una escalera de metal que estaba apoyada en la pared. Subí, luego abrí la trampilla del techo y me metí en la buhardilla.

¡Vaya que si era acogedora! Mi tía había dado con la palabra adecuada.

El techo era tan bajo, que no podía ponerme de pie.

Una luz pálida se filtraba por la única ventana, redonda y pequeña, que se encontraba al otro extremo de la habitación.

Agachada, me acerqué a mirar por la ventana. La nieve salpicaba el cristal, pero se divisaba la calle y las dos hileras de casitas que serpenteaban la ladera de la montaña.

Fuera no se veía a nadie. Ni un alma.

«Apostaría a que se han ido todos a Florida», pensé apenada.

Eran las vacaciones de invierno y, por tanto, la escuela estaba cerrada.

Tía Greta y yo habíamos pasado por delante al llegar al pueblo. Era un pequeño edificio gris de piedra, no mucho más grande que un garaje para dos coches.

«¿Cuántos niños habrá en mi clase? —me pregunté—. ¿Tres o cuatro? ¿Sólo yo?»

Dudaba incluso de que todos hablaran mi idioma.

Tragué saliva. Y me regañé por estar tan deprimida.

«Anímate, Jaclyn —me dije—. Sherpia es un pueblecito encantador donde tal vez conozcas a algunos niños muy enrollados. —Bajé la cabeza, y llegué a la escalera—. Voy a llenar el techo de pósteres —decidí—. Eso le dará vida a la buhardilla».

Confiaba en que de esta forma conseguiría alegrarme.

—¿Te ayudo a deshacer las maletas? —le pregunté a tía Greta mientras bajaba de mi habitación.

—No. —Se echó la trenza hacia atrás—. Quiero empezar por la cocina. ¿Por qué no te vas a dar un paseo? A explorar un poco.

Unos minutos más tarde estaba fuera, ajustándome la capucha de la parca.

Me puse los guantes de piel forrados y esperé a que mis ojos se adaptaran al blanco resplandor de la nieve.

No sabía qué dirección tomar. Ya había visto la escuela, la tienda del pueblo, una pequeña iglesia y la oficina de correos, por lo que decidí ir hacia el otro lado, hacia la cima de la montaña.

La nieve estaba dura y crujiente. Mis botas casi no dejaron rastro cuando empecé a caminar, luchando contra el viento. Los neumáticos habían labrado dos surcos en el centro del camino. Decidí seguir uno de ellos.

Pasé junto a un par de casas de tamaño similar a la nuestra. Ambas parecían oscuras y vacías. Una casa alta de piedra tenía un todoterreno aparcado delante.

Vi un trineo infantil en el jardín; un trineo anticuado de madera.

Un gato negro con ojos amarillos me observaba desde la ventana de la sala.

Lo saludé con mi mano enguantada, pero no se movió.

Todavía no había visto ningún ser humano aparte de mi tía.

A medida que iba subiendo, el viento silbaba y se enfriaba cada vez más y el camino se volvía más empinado. Las casas estaban más

separadas.

El sol asomó entre las nubes e hizo brillar la nieve.

¡De repente todo era precioso! Me volví y contemplé las casas que había dejado atrás, pequeñas cabañas de mazapán rodeadas de nieve.

«Es hermoso —pensé—. A lo mejor este lugar acaba gustándome».

—¡Ohh! —grité al sentir que unos dedos me rodeaban el cuello.

3

Me di la vuelta y logré desembarazarme de los helados dedos que me aprisionaban.

Vi a un niño que me sonreía. Llevaba una chaqueta de piel de cordero marrón y una gorra de esquiar de lana roja y verde.

—¿Te he asustado? —preguntó. Se le ensanchó la sonrisa.

Antes de que pudiera responderle, una niña más o menos de mi edad salió de detrás de un gran arbusto. Vestía un abrigo largo violeta y guantes del mismo color.

—No le hagas caso a Eli —dijo, apartándose el pelo de la cara—. Es un granuja.

—Gracias por el cumplido —respondió Eli, sin dejar de sonreír.

Supuse que serían hermanos. Ambos tenían la cara redonda, el pelo negro y liso y unos brillantes ojos de color azul cielo.

—Eres nueva en el pueblo —dijo Eli, entornando los ojos.

—Eli piensa que es divertido asustar a los niños recién llegados —me informó su hermana, poniendo los ojos en blanco—. Mi hermano pequeño es un pillo, ¿verdad?

—Pasar miedo es casi lo único que se puede hacer en Sherpia —dijo Eli mientras su sonrisa se desvanecía.

«¡Qué cosa tan rara de decir!», pensé.

—Me llamo Jaclyn DeForest —me presenté.

Ellos eran Rolonda y Eli Browning.

—Vivimos allí —dijo Eli, señalando la casa blanca—. ¿Tú dónde vives?

—Más abajo. —Señalé hacia el lugar de donde había venido.

Comencé a preguntarles algo, pero me interrumpí al ver el muñeco de nieve que estaban haciendo.

Tenía un brazo extendido hacia el costado y el otro hacia arriba; una bufanda roja alrededor del cuello y una profunda cicatriz que le surcaba la mejilla derecha.

—Ese muñeco… —tartamudeé—. Es exactamente igual al que vi enfrente de mi casa.

La sonrisa de Rolonda desapareció. Eli bajó los ojos.

—¿De verdad? —murmuró.

—¿Por qué lo habéis hecho así? —inquirí—. Tiene un aspecto muy extraño. ¿Por qué le habéis puesto esa cicatriz en la cara?

Se miraron nerviosamente sin responder.

Finalmente, Rolonda se encogió de hombros.

—La verdad es que no lo sé —dijo por lo bajo, ruborizándose.

¿Estaba mintiendo? ¿Por qué no quería responderme?

—¿Adonde vas? —preguntó Eli, ajustándole la bufanda roja al muñeco de nieve.

—Estoy dando un paseo —respondí—. ¿Queréis acompañarme? Pensaba llegar hasta la cima de la montaña.

—¡No! —chilló Eli. Sus ojos azules se abrieron de miedo.

—¡No lo hagas! —gritó Rolonda—. ¡No lo hagas!

4

—¿Qué dices?

Los miré horrorizada. ¿Qué les pasaba a aquellos chicos?

—¿Por qué no puedo subir la montaña? —inquirí.

El miedo se esfumó de sus caras. Rolonda se apartó el pelo mientras Eli simulaba estar muy ocupado acomodando la bufanda del muñeco de nieve.

—No puedes ir porque está cerrada por obras —respondió Eli finalmente.

—Ja, ja. Recuérdame que me ría —dijo Rolonda sarcásticamente.

—Entonces, ¿cuál es la verdadera razón? —pregunté.

—Mmm…, bueno…, sencillamente que nunca subimos —tartamudeó Rolonda, mirando de soslayo a su hermano. Esperó a que Eli dijera algo, pero éste se mantuvo callado.

»Es una especie de tradición —continuó Rolonda, sin mirarme a los ojos—. Quiero decir…, bueno…, simplemente que nunca subimos.

—Hace demasiado frío —añadió Eli—. Eso es. Hace tanto frío que ninguna persona lo soportaría. Te congelarías en treinta segundos.

Sabía que estaba mintiendo, que ésa no era la verdadera razón. Sin embargo, los vi tan tensos y preocupados que decidí no hablar más del tema.

—¿De dónde eres? —preguntó Rolonda, hundiendo las manos enguantadas en los bolsillos del abrigo—. ¿Del pueblo de al lado?

—No, de Chicago —le dije—. Vivíamos en un piso que daba al lago.

—¡¿Y has venido a vivir aquí?! —exclamó Eli—. ¿Te has trasladado de Chicago a Sherpia? ¡¿Por qué?!

—Buena pregunta… —murmuré, poniendo los ojos en blanco—. Vivo con mi tía y ella decidió mudarse aquí. Así que… —No pude evitar que mi voz sonara triste.

Seguimos hablando un rato más. Me contaron que habían vivido en Sherpia toda su vida.

—No está tan mal. Te acostumbras a no ver a mucha gente —me dijo Rolonda.

—Y es ideal si te gusta la nieve —añadió Eli—. ¡Montones y montones de nieve!

Nos echamos a reír.

—¡Hasta luego! —les dije, y comencé a caminar.

—No vas a subir, ¿verdad? —preguntó Eli con una voz que denotaba miedo de nuevo.

—No —respondí mientras me ajustaba la capucha—. Está arreciando el viento. Sólo voy a seguir un poco más.

Había una curva en el camino que llevaba a la montaña.

Me abrí paso a través de un bosquecillo de pinos casi tan delgados como lápices. Los árboles se inclinaban en todos los ángulos posibles; no había ni uno solo que estuviera recto.

Vi huellas de animales en la nieve. Eran demasiado grandes para ser de mapaches o ardillas. ¿De ciervo? No tenía ni idea.

Levanté la vista y lancé un grito de sorpresa.

Otro muñeco de nieve me miraba con desprecio, con su torcida nariz de zanahoria y esos ojos de color negro azabache.

El fuerte viento agitaba su bufanda roja.

Me quedé mirando la larga cicatriz que le surcaba la cara.

Sus brazos se agitaban en el viento, como si me estuviera saludando.

—¿Por qué harán estos muñecos de nieve tan horripilantes? —pregunté en voz alta.

Al darme la vuelta, vi otro en el jardín de enfrente. Los mismos brazos hechos de ramas. La misma bufanda roja. La misma cicatriz.

Supuse que formaría parte de la decoración local, pero me

preguntaba por qué Rolonda y Eli no me lo habrían querido contar.

Unas enormes nubes grises ocultaron el sol y la sombra del muñeco de nieve pareció alargarse hasta casi cubrirme.

Sentí un escalofrío. Di un paso hacia atrás.

En unos pocos segundos, el cielo se puso tan oscuro que parecía que se estaba haciendo de noche. Miré hacia la cima de la montaña, pero un grupo de pinos impedía verla.

No sabía si seguir adelante o regresar.

Me acordé de la expresión de miedo de Eli al contarle que quería llegar a la cima y del grito de Rolonda: «¡No lo hagas!»

El recuerdo sólo logró avivar mi curiosidad.

¿De qué tenían miedo? ¿Qué había allí arriba?

Decidí seguir.

Delante de la casa más cercana, había una furgoneta enterrada bajo una gruesa capa de nieve. Daba la impresión de que nadie la había usado en todo el invierno.

Seguí el camino a cuyos márgenes cada vez había menos casas. La nieve era más abundante y blanda, por lo que al caminar, mis botas se hundían en ella.

Me imaginé que estaba en otro planeta, un planeta nunca antes explorado.

El camino se volvía más abrupto. Grandes rocas blancas sobresalían entre la nieve y grupos de pinos esqueléticos se inclinaban en todas las direcciones.

En el lugar en el que me hallaba ya no había casas, sólo árboles, arbustos cubiertos de nieve y rocas que salpicaban aquí y allá el nevado paisaje.

El camino trazaba otra curva. El viento no dejaba de silbar. Me froté las mejillas y la nariz para darme calor. Luego, me incliné hacia delante y seguí caminando.

Me detuve al ver una pequeña cabaña de madera en la distancia. Me protegí los ojos con la mano y la observé.

«¿Qué hace una cabaña aquí arriba?», me pregunté.

No se me ocurría ninguna razón por la que alguien quisiera vivir allí arriba, alejado de todo ser viviente.

La cabaña se erigía en un claro de forma cuadrada, rodeado de enclenques pinos inclinados. No había ningún coche cerca, ni siquiera un trineo. Tampoco había huellas de pisadas en la nieve.

Me aproximé sigilosamente a la cabaña.

Las ventanas estaban empañadas, lo que impedía ver si las luces estaban encendidas en el interior.

Me acerqué aún más, mi corazón latía con fuerza. Apoyé los brazos en el alféizar de la ventana y puse la nariz contra el cristal, pero no se veía el interior.

—¿Hay alguien en casa? —grité.

Silencio absoluto. El viento silbaba al arremeter contra la cabaña.

Llamé a la puerta.

—Hola…

No hubo respuesta.

—¡Qué raro! —murmuré.

Intenté abrir la puerta, empujándola con suavidad.

Tal vez no debería haberlo hecho, pero lo hice.

La puerta se abrió y sentí una ráfaga de aire caliente.

—¿Hay alguien en casa? —volví a preguntar.

Espié desde la puerta. Todo estaba a oscuras.

—¡Hola!

Entré. Sólo quería echar un vistazo.

Mis ojos acostumbrados al fulgor de la nieve tardaron un poco en adaptarse a la tenue luz.

Y antes de que consiguiera ver con nitidez, una masa blanca que gruñía se lanzó sobre mí.

Sentí un aliento cálido en mi cara. Y una criatura blanca enfurecida me tiró al suelo.

5

—¡Tranquilo! ¡Tranquilo, Wolfbane!

La bestia dejó de gruñir y retrocedió inmediatamente.

—¡Tranquilo, Wolfbane! —ordenó una severa voz de hombre.

Tratando de recobrar la respiración, me sequé la saliva de la cara. Entonces comprendí que estaba cara a cara con un lobo de pelaje blanco.

El lobo también jadeaba. Tenía las mandíbulas entreabiertas y la lengua fuera, tanto que casi tocaba el suelo de la cabaña. Seguía con la cabeza baja como si se estuviera preparando para atacar de nuevo. No me quitaba la vista de encima y había un aire de sospecha en sus redondos ojos color castaño oscuros.

—¡Tranquilo, Wolfbane, tranquilo! No pasa nada, chico.

Rodé por el suelo para alejarme de la bestia jadeante y me puse de rodillas. Dos manos me ayudaron a incorporarme.

—¿Estás bien? —me preguntó el hombre mientras me estudiaba con sus redondos ojos color gris plata. Era alto y delgado, vestía una camisa y pantalones tejanos. Tenía el pelo largo y gris, que llevaba atado en una coleta, y una espesa barba blanquísima.

Los ojos le brillaban como canicas de acero y yo sentía que me abrasaba con la mirada.

—¿Eso es… un lobo de verdad? —inquirí.

Asintió con la cabeza, manteniendo su expresión severa. Los escalofriantes ojos no se movían, ni siquiera parpadeaban.

—No te hará daño. Wolfbane está bien adiestrado.

—Pero él… —De repente sentía la boca tan seca que era difícil

articular las palabras.

—Nos has asustado —dijo el hombre, todavía sin parpadear, ni quitarme la vista de encima—. Estábamos en la habitación de atrás. —Señaló la puerta en la pared trasera.

—Lo siento —murmuré—. No sabía que había alguien dentro. Pensé que…

—¿Y tú quién eres? —preguntó el hombre, enfadado. Me miró entornando los ojos. Debajo de su tupida barba blanca, se había puesto rojo de furia.

—No era mi intención…

—¿Quién eres tú? —repitió.

—Estaba dando un paseo —intenté explicar. Si al menos mi corazón no latiera con tanta fuerza, si al menos no tuviera la boca tan seca…

El lobo blanco gruñó de nuevo. Permanecía de pie, tenso, con la cabeza baja, los ojos fijos en mí, como si estuviera esperando una orden de ataque.

—¿Por qué te metiste sin permiso en mi casa? —preguntó el hombre, dando un paso hacia mí.

Me di cuenta de que ese tipo era peligroso. Había algo muy raro en él, como si estuviera muy enfadado por alguna razón.

—Yo no quería… —empecé a decir—. Simplemente…

—Te metiste en mi casa sin llamar —insistió—. ¿No te das cuenta del peligro que has corrido? Wolfbane está adiestrado para atacar a extraños.

—¡Lo si-siento! —dije con un hilo de voz.

Se acercó un poco más. Todavía no había siquiera parpadeado.

Se me encogió el pecho de miedo.

¿Qué intenciones tendría?

No quería averiguarlo.

Respiré hondo, me di vuelta y salí corriendo.

¿Lograría escapar?

6

Oí cerrarse la puerta con fuerza tras de mí.

Volví rápidamente la vista hacia atrás, y vi al hombre que salía de la cabaña para perseguirme.

—¿Adonde vas? —me preguntó—. ¡Eh… deténte! ¿Adonde vas?

Señalé la montaña.

—¡Hasta la cima! —grité.

—¡No! ¡No vayas! —vociferó hecho una furia—. ¡No puedes subir!

Comprendí que aquel hombre no estaba en sus cabales. No tenía ningún derecho para gritarme de esa manera. «¡Puedo ir a donde yo quiera! Está loco», pensé.

Había comenzado a nevar; los enormes copos se arremolinaban con el viento.

Me quité un copo de nieve de la frente y corrí hacia el camino.

Advertí horrorizada que el hombre barbudo me seguía, a veces caminando y otras corriendo sobre la gruesa capa de nieve.

—¡Cuidado con el muñeco de nieve! —gritó.

—¿Qué? —Me volví para mirarlo a la cara—. ¿Qué ha dicho? —pregunté casi sin aliento.

La vieja poesía me vino a la cabeza por segunda vez en el mismo día…

Cuando la nieve se arremolina con el viento
y el día se hace viejo,
cuidado con el muñeco de nieve, mi niño,

cuidado con el muñeco de nieve,
que trae el frío.

«¡No lo puedo creer!», me dije. No había pensado en esa poesía desde que tenía cinco años. ¡Y ese día ya me había acordado de ella dos veces!

Nos quedamos mirándonos, cada uno a un lado del camino. El hombre temblaba; sólo llevaba la camisa tejana, no se había puesto un abrigo. Enormes copos de nieve se le acumulaban sobre el pelo y los hombros.

—¿Qué ha dicho? —pregunté.

—El muñeco de nieve vive en la cueva de hielo —gritó, poniéndose las manos alrededor de la boca para que yo lo pudiera oír a pesar del viento.

—¿Qué? ¿Un muñeco de nieve?

Me preguntaba por qué le hacía caso si estaba convencida de que el tipo estaba loco de atar.

«¡El pobre hombre vive en una cabaña, en el medio de la montaña, con la única compañía de un lobo blanco! ¡Y ahora está gritando cosas sin sentido sobre un muñeco de nieve!»

—¡Cuidado con el muñeco de nieve! —repitió—. ¡No debes subir a la cima! ¡No lo hagas!

—¿Por qué no? —inquirí. Mi voz resonó un poco más fuerte y aguda de lo que yo pretendía.

—¡Te aseguro que te arrepentirás si te encuentras con el muñeco de nieve! —gritó el hombre. Los grandes copos de nieve le cubrían la barba y los ojos color plata le brillaban de forma extraña—. Si te encuentras con el muñeco de nieve —me advirtió—, ¡nunca regresarás!

«Está loco perdido —pensé—. Por eso vive completamente solo aquí en la montaña».

Me di la vuelta. Sabía que ya me había quedado más tiempo del que debía.

Deslizándome a veces y resbalando otras, corrí por la espesa capa de nieve tan rápidamente como pude. Los fríos copos me golpeaban en las mejillas acaloradas y el corazón me latía con fuerza.

Seguí avanzando ladera abajo por el serpenteante camino.

Me estaba quedando sin aliento por el esfuerzo.

Pero… ¿era yo la que tenía una respiración tan fuerte?

¿Eran mis pasos los que oía?

No.

Al mirar hacia atrás, vi que el lobo blanco me estaba persiguiendo. Lo tenía cada vez más cerca. Mostraba los dientes y mantenía la cabeza agachada preparado para atacar.

—¡Noooo! —chillé.

Los grandes copos de nieve me hacían escocer los ojos. Tropecé en la pendiente, pero seguí corriendo.

De repente me sentí como si estuviera atrapada en una bola de cristal, de esas que cuando las agitas parece que caiga nieve.

Caí rodando por la ladera. La nieve volaba hacia mí desde todas partes. Toda la montaña parecía estremecerse.

¡El camino! ¿Dónde estaba el camino?

Había quedado cubierto por la nevada. Mis botas se hundían en los montones de nieve acumulados.

Pero seguía corriendo. Bajando y bajando.

Oía las fuertes pisadas del lobo detrás de mí.

Eché una rápida mirada hacia atrás y lo vi acercarse más y más. Se movía rítmicamente, sorteando con facilidad las pilas de nieve. Mostraba los dientes y su aliento cálido se condensaba en nubecillas.

Corría tan rápido que no vi las suaves rocas que sobresalían a un costado del camino.

Tropecé con una de ellas.

—¡Ohhh! —No pude evitar gritar al sentir el dolor que me subía por la pierna. Perdí el equilibrio y caí hacia delante.

Fui a dar de bruces en la nieve.

Traté de recobrar la respiración. La caída me había dejado sin aliento.

Mientras intentaba desesperadamente ponerme de rodillas, observé que el lobo se abalanzaba sobre mí sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo.

7

Para mi sorpresa, el animal se detuvo a unos pasos.

Agachó la cabeza y me miró fijamente, respirando con dificultad. Bajo el espeso pelaje blanco, el pecho le subía y bajaba de forma acompasada. Los copos de nieve se derretían sobre su lengua.

Mientras lo observaba aterrorizada, logré ponerme en pie. Me aparté el pelo de la cara y me sacudí la nieve de la parca.

¿El lobo sólo estaba recuperando el aliento? ¿Me atacaría si intentaba correr?

—Vete a casa, chico —susurré—. Vete a casa.

El viento y la nieve ahogaban mi voz. El lobo blanco levantó la vista hacia mí, todavía jadeante.

Empecé a retroceder. Tenía miedo de quitarle los ojos de encima.

Di un paso hacia atrás, luego otro.

El lobo me vigilaba, pero no se movía.

La nieve del camino crujió bajo mis pisadas. ¡Sí! ¡Había encontrado el camino! Seguí retrocediendo.

El lobo permanecía en el mismo lugar. Bajó el rabo y tensó el lomo.

Me seguía con los ojos. ¡Unos ojos que parecían humanos!

¿En qué estaría pensando? ¿Por qué me había perseguido?

¿Simplemente se estaba asegurando de que yo bajara la montaña? ¿Lo había enviado ese hombre extraño para evitar que fuera hasta la cima?

Di otro paso hacia atrás. Y otro más.

El lobo no se movió.

Había una curva en el camino totalmente cubierto de nieve. Seguí caminando hacia atrás hasta quedar fuera del campo de visión de la bestia.

—¡Uf! —Dejé escapar un suspiro de alivio. Me volví y continué caminando a paso rápido hacia el pueblo y mi nueva casa.

A cada rato miraba hacia atrás, pero el lobo no me siguió.

La nieve caía copiosamente. Me puse la capucha de la parca. Mientras me la sujetaba con las dos manos, empecé a acelerar aún más el paso.

Me preguntaba si tía Greta estaría preocupada por mí. Había estado fuera mucho más tiempo del que había pensado.

Nubes bajas de nieve ocultaban el sol. El cielo estaba tan oscuro que parecía de noche.

De nuevo empezaba a haber casas a los lados del camino. Algunas tenían luces encendidas y de la chimenea de una de ellas emanaba el humo negro de un fuego de leña.

Pasé junto a uno de los extraños muñecos de nieve con la cara surcada por la cicatriz. Las ramas que hacían las veces de brazos temblaban en el viento. Parecían estar saludándome al pasar junto a él.

Eché a correr.

Otro muñeco de nieve me saludó al doblar la siguiente curva.

«¡Odio este pueblo!», pensé.

«Es demasiado raro. ¡Demasiado raro!

»Nunca voy a ser feliz aquí. ¡Jamás!

»¿Por qué me trajo aquí tía Greta?»

Un golpe sordo detrás de mí me distrajo de mis tristes pensamientos.

«¡Alguien me sigue!

»¿El lobo?»

No. Estas pisadas eran diferentes.

Éstas eran pisadas humanas.

El hombre loco de la barba… ¡me había seguido!

—¡Ohh! —Dejé escapar un grito de miedo.

Respiré hondo y me di la vuelta para enfrentarlo.



—Jaclyn… ¡Hola!

Sofoqué un grito y me quedé mirando a Rolonda. Cruzó la calle corriendo hasta donde yo estaba, con el pelo negro salpicado por los copos de nieve que no dejaban de caer.

—Has pasado corriendo por nuestra casa —me dijo sin aliento, señalando hacia el jardín—. ¿No nos has visto?

Al mirar por encima de su hombro, vi que su hermano Eli me saludaba con la mano desde el portal.

—No. Yo…, bueno…, con tanta nieve y… —dije entrecortadamente.

—¿Estás bien? —preguntó Rolonda.

—Bueno… —No sabía qué decir—. Un lobo blanco me persiguió —solté finalmente—. Me encontré con un loco que tiene una cabaña cerca de la cima. Su lobo me persiguió y él…

—¡¿Te encontraste a Conrad?! —exclamó Rolonda.

—¿Quién? ¿Conrad? —El viento me quitó la capucha. Miré a Rolonda con los ojos entornados—. ¿Así se llama?

Asintió con la cabeza.

—Tiene una cabaña que construyó él mismo. Y un lobo blanco que se llama Wolfbane. Te quería avisar, Jaclyn…

—¿Avisar? —la interrumpí.

—Sí. Para que te mantengas alejada de él. Él y ese animal que tiene… ¡son verdaderamente extraños!

—¡Vaya novedad! —gruñí. Puse los ojos en blanco—. ¿Es ésa la razón por la que tú y Eli nunca subís a la cima?

Rolonda bajó los ojos.

—Bueno…, es una de las razones.

Esperé a que siguiera hablando, pero no dijo nada más. Siguió con la vista clavada en el suelo. Con una bota se quitó un montoncito de nieve de la otra bota.

Detrás de ella, Eli continuaba observándonos desde lejos, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo.

—Dime, ¿por qué Conrad vive allí arriba lejos de todo el mundo? —inquirí.

Rolonda no sabía qué decir. Lanzó una mirada nerviosa en dirección a su hermano.

—Nadie lo sabe con certeza —respondió finalmente—. Él… tal vez trabaja para el muñeco de nieve. Lo que quiero decir es… —Su voz se apagó.

—¿Qué has dicho? —grité. Estaba segura de que no la había oído correctamente—. ¿Qué has dicho, Rolonda? ¿Que trabaja para el muñeco de nieve? ¿Qué estás tratando de decir? ¿Qué significa todo esto?

No respondió. Nuevamente, se volvió y miró a su hermano nerviosamente.

—Venga, Rolonda. ¿Qué quieres decir? —insistí—. ¿Qué significa eso de que trabaja para el muñeco de nieve?

Dio un paso atrás, al tiempo que se sacudía copos de nieve del pelo.

—Tengo que entrar —dijo—. Es casi la hora de cenar.

La seguí.

—Pero antes me tienes que dar una explicación —exigí.

—No puedo —susurró—. Por Eli. Está demasiado asustado.

—Pero, Rolonda… —comencé a decir.

Vi que Eli nos miraba sin perder detalle desde el portal.

—Vete a casa —dijo Rolonda bruscamente—. Venga, vete a casa, Jaclyn.

—No hasta que me expliques lo que querías decir. —Puedo ser muy testaruda cuando me lo propongo.

—De acuerdo, está bien —dijo en un susurro, mirando por encima del hombro a Eli—. Quedemos para mañana por la noche, ¿vale? Nos encontramos mañana por la noche en la iglesia… y te lo

cuento todo.



—¡Hola! ¡He vuelto!

Irrumpí en la casa. Tía Greta estaba en la pequeña cocina agachada junto a una caja de la que sacaba tazas de café para colocarlas en un armario. Se dio la vuelta cuando entré.

—¿Está nevando? —me preguntó.

Asentí enérgicamente con la cabeza, sacudiéndome copos de nieve del pelo.

—¡Los copos de nieve más grandes que he visto en toda mi vida! —respondí sin aliento.

Tía Greta frunció el ceño.

—He estado tan ocupada aquí dentro, que ni siquiera miré por la ventana.

Me quité el abrigo húmedo y lo llevé al armario de la entrada, pero como todavía no había perchas lo dejé sobre una pila de cajas.

Luego volví a la cocina, frotándome las mangas del jersey.

—Tía Greta, ¿sabes algo acerca de un muñeco de nieve? —le pregunté.

Dio un grito ahogado.

Sin embargo, cuando se volvió hacia mí, su cara no revelaba ninguna emoción.

—¿Un muñeco de nieve has dicho?

—¿Tú sabes algo con respecto a un muñeco de nieve que vive en la cima de la montaña? —pregunté.

Tía Greta se mordió el labio inferior.

—No. No, no sé nada, Jaclyn. —Le temblaba la voz. ¿Por qué

parecía tan nerviosa?

Se agachó para sacar más tazas de la caja; me acerqué para ayudarla.

—Alguien me dijo que no debería ir hasta la cima de la montaña porque había un muñeco de nieve —le dije—. ¡Un muñeco de nieve que vive allí arriba!

Tía Greta no dijo nada. Me pasó un par de tazas que yo guardé en el armario.

—Este hombre me dijo que si me encontraba con el muñeco de nieve ahí arriba, nunca regresaría —continué.

Mi tía soltó una risa corta y seca.

—Supersticiones de pueblo —murmuró.

La miré entornando los ojos.

—¿De verdad?

—Por supuesto —me aseguró—. En cada uno de estos pueblos pequeños se cuenta una historia de miedo. Alguien te gastó una broma, para asustarte un poco.

—¿Una broma? —Fruncí el entrecejo—. No me lo creo.

Aquel tipo raro de la barba blanca, Conrad, me había prohibido que fuera hasta la cima de la montaña. No estaba bromeando. Yo sabía que no estaba bromeando.

Lo decía en serio. Me estaba amenazando. No me estaba gastando una broma. De ninguna manera.

—Tía Greta, ¿te acuerdas de una poesía sobre un muñeco de nieve? —le pregunté.

Se enderezó y se estiró, colocándose las manos en los riñones.

—¿Una poesía?

—Hoy recordé esta poesía de cuando era pequeña. Se me vino de repente a la cabeza.

Tía Greta volvió a morderse el labio nerviosamente.

—No recuerdo ninguna poesía —dijo. Desvió la mirada, evitando la mía.

—Solamente me acuerdo de la primera estrofa —le dije. Y luego la recité:

Cuando la nieve se arremolina con el viento
y el día se hace viejo,

cuidado con el muñeco de nieve, mi niño,
cuidado con el muñeco de nieve,
que trae el frío.

Miré a tía Greta y noté que tenía una expresión muy extraña en el rostro. Los ojos se le habían llenado de lágrimas y le temblaba la barbilla. Sus mejillas estaban más pálidas que de costumbre.

—Tía Greta… ¿estás bien? —pregunté—. ¿Qué te pasa?

—Nada —respondió secamente, mirando hacia otro lado—. Nada en absoluto, Jaclyn. Pero no recuerdo esa poesía. Creo que es la primera vez que la oigo.

Jugueteó nerviosamente con su larga trenza blanca.

—¿Estás segura? —pregunté con timidez.

—¡Claro que estoy segura! —exclamó—. Venga, ayúdame a terminar esto así puedo empezar a preparar la cena.

«¿Qué pasa? —me pregunté—. ¿Por qué ahora se enfada conmigo? ¿Y por qué me da la sensación de que no está diciendo la verdad?»

Tía Greta nunca me había mentido antes.

¿Por qué se estaba comportando de esa manera tan rara?

10

Esa noche no logré pegar ojo.

Mi cama nueva era dura. No podía dejar de imaginarme que el techo se estaba hundiendo y me iba a aplastar.

Las nubes de nieve habían desaparecido. En el cielo había una media luna, cuya luz entraba a raudales por la ventana redonda de mi habitación, proyectando largas sombras que no cesaban de moverse.

Me estremecí bajo la colcha. Todo era nuevo y muy extraño. Me preguntaba si alguna vez sería capaz de dormir en esa habitación.

Cerré los ojos e intenté tener pensamientos bonitos, tranquilizadores. Evoqué a mis amigos de Chicago, recordando sus caras uno por uno. Me preguntaba qué habrían estado haciendo ese día mientras yo vivía mi escalofriante aventura en la montaña.

Me pregunté si me echarían de menos.

Casi me había quedado dormida cuando comenzaron los aullidos.

¿Serían aullidos de lobo?

Salté de la cama y me acerqué a la ventana. La luz de la luna hacía brillar la nieve, casi tanto como durante el día.

Los arbustos temblaban mecidos por una suave brisa que trajo consigo otro aullido aterrador. Miré hacia la montaña, pero sólo se veían casas oscuras y silenciosas, y la serpenteante calle plateada que subía hacia la montaña.

Sentía un hormigueo por todo el cuerpo. Sabía que no lograría conciliar el sueño. Hacía bastante frío en mi pequeña buhardilla, y

el ambiente era opresivo y húmedo.

Decidí ir a dar un paseo.

«Tal vez me ayude a relajarme», me dije.

Me puse unos tejanos y un jersey. Bajé las escaleras sigilosamente, para no despertar a tía Greta, y me puse la parca y las botas.

Tras salir de la casa y cerrar la puerta sin hacer ruido, miré deslumbrada la nieve que resplandecía en nuestro pequeño jardín.

Mi aliento se elevaba en espirales en el aire frío de la noche.

—¡Ahh! —murmuré. ¡Qué agradable era sentir el aire fresco en la cara!

El viento había amainado. El mundo entero parecía haberse detenido.

No había coches. Ni bocinas. Ni autobuses que pasaran ruidosamente a tu lado. No había gente riendo y gritando por la calle.

«Estoy completamente sola —me dije—. Soy la dueña del mundo».

Un largo y aterrador aullido interrumpió mis ensoñaciones.

Temblé y miré hacia la cima de la montaña. ¿Sería el lobo blanco el que aullaba? ¿Aullaría así todas las noches?

¿Por qué los aullidos parecían humanos?

Tomé una bocanada de aire fresco y la retuve un momento. Luego empecé a caminar por la calle. Bajo mis botas, la dura capa de nieve crujía con cada una de mis pisadas. Pasé junto a unas casas y seguí caminando.

Me detuve cuando una sombra se cruzó en mi camino.



Sofoqué un grito. Al principio, pensé que alguien me estaba siguiendo, pero pronto advertí que estaba viendo la larga sombra de un muñeco de nieve. La sombra se proyectaba sobre el camino. Los brazos hechos de ramas, uno extendido hacia el costado y el otro hacia arriba, tenían un aspecto amenazante.

Pisé la sombra y crucé la calle, pero la sombra de otro muñeco de nieve cayó sobre mí. Un muñeco de nieve idéntico.

Las siluetas extrañas se entrecruzaban. De repente sentí como si estuviera caminando en un mundo en blanco y negro de sombras de cabezas, bufandas al viento y brazos de palo que se agitaban saludándome.

¿Por qué había tantos?

¿Por qué la gente del pueblo los hacía todos iguales?

Otro aullido me hizo levantar la vista. Éste parecía venir de más cerca. ¡Y definitivamente parecía humano!

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Me volví.

«Es hora de regresar a casa», decidí.

Mi corazón latía con fuerza. El aullido, tan cercano, me había asustado de verdad.

Comencé a apresurar el paso, mis brazos se balanceaban al caminar contra el viento que empezaba a levantarse.

Pero me detuve al ver al muñeco de nieve con la cara cortada en el jardín más próximo.

De pronto, me sobresalté cuando el muñeco asintió con la

cabeza en dirección a mí. No pude evitar gritar.

—¡Nooo!

Había inclinado la cabeza. ¡El muñeco de nieve había asentido con la cabeza!

Luego la cabeza rodó hasta el suelo. Y se rompió en dos con un golpe sordo.

Me di cuenta de que el viento había hecho parecer que el muñeco estaba haciendo un gesto y luego había arrancado la cabeza del cuerpo.

«¿Qué estoy haciendo aquí fuera? —me pregunté—. Es tarde, hace frío y es todo muy raro. Y hay una criatura muy cerca de aquí que está aullando con todas sus fuerzas».

Me quedé mirando el muñeco de nieve decapitado. La cabeza había quedado reducida a un montoncito blanco a los pies del muñeco de nieve, pero la bufanda se mantenía sobre el cuerpo redondo. Una ráfaga de viento frío la hizo ondear.

Sentí otro escalofrío. Me di la vuelta y corrí hacia casa.

Corrí a través de las sombras negroazuladas de los muñecos de nieve. Mis botas hacían crujir la nieve al pisar las sombras de brazos que parecían saludarme, las sombras de cabezas surcadas de cicatrices.

Había un muñeco de nieve en cada jardín; se alineaban a lo largo de la calle como si fueran vigilantes nocturnos.

Me dije que salir a pasear había sido una idea descabellada. Sentía que el pánico me oprimía el pecho y sólo deseaba estar de vuelta en la seguridad de mi nuevo hogar.

Un muñeco de nieve me saludó con su mano de tres dedos y me sonrió de forma sarcástica con aquella boca negro azabache cuando pasé junto a él a la carrera. Mientras corría como una loca para llegar pronto a casa, una vez más me vino la poesía a la cabeza…

Cuando la nieve se arremolina con el viento
y el día se hace viejo,
cuidado con el muñeco de nieve, mi niño,
cuidado con el muñeco de nieve,
que trae el frío.

Ya se veía mi casa, ya me faltaba poco. Respiré profundamente y corrí aún más rápido.

La vieja poesía me había estado persiguiendo desde el momento mismo en que había llegado al pueblo. La vieja poesía me seguía desde mi niñez, me seguía hasta mi extraño nuevo hogar.

¿Por qué la había recordado de repente ese día?

¿Qué estaba intentando decirme? ¿Por qué había evocado esas frías palabras después de tantos años en el olvido?

Tenía que recordar el resto. Tenía que encontrar la segunda estrofa del poema.

Se oyó un aullido estremecedor, que se hacía cada vez más fuerte como una sirena de ambulancia al acercarse; parecía provenir de tan cerca que me volví.

Escudriñé la calle y los jardines helados. No había absolutamente nadie: ni lobos ni seres humanos.

Otro aullido se escuchó aún más cerca.

¿Alguien me seguía?

Me tapé los oídos con las manos para evitar oír esos ruidos aterradores, y prácticamente volé sobre la nieve, volé el resto del camino hasta llegar a casa.

Alcancé la estrecha puerta de mi casa al tiempo que un nuevo aullido me ponía la carne de gallina.

Más cerca.

«¡Está tan cerca!», me di cuenta.

«¡Alguien me está siguiendo! ¡No hay duda!» Giré el picaporte. Empujé la puerta.

¡Nada!

¡La puerta ni se movió!

Intenté girar el picaporte de nuevo; primero para un lado, después hacia el otro.

Empujé la puerta. Tiré de ella.

¡No había manera de abrirla!

12

Se oyó otro aullido espeluznante, aún más cerca. ¡Provenía del costado de mi casa!

Me temblaba todo el cuerpo. El pánico me atenazó la garganta.

Me retiré un poco de la puerta y noté que la única ventana que daba al frente de la casa estaba abierta unos centímetros. La nieve dejaba vetas en los cristales de la ventana y se apilaba en el estrecho alféizar.

Me quedé mirando la pequeña rendija en la parte inferior de la ventana.

Entonces respiré hondo y me lancé hacia ella.

Agarrándome del marco de madera nevado, empujé hacia arriba con todas mis fuerzas.

Para mi sorpresa, la ventana se deslizó hacia arriba con facilidad.

La levanté del todo. Luego puse las manos sobre el alféizar para darme un envión, al tiempo que otro aullido aún más cercano invadía el aire nocturno.

¡Era un aullido espantoso!

Caí de cabeza dentro de la casa. Aterricé violentamente con las manos y las rodillas en el suelo de madera.

Sofoqué un grito, logré levantarme y cerré la ventana de inmediato.

Me quedé allí de pie, apoyada contra la pared, escuchando. Intentando recobrar el aliento.

¿Habría despertado a tía Greta?

No. La casa permanecía oscura y silenciosa. El único sonido perceptible era mi respiración agitada.

Otro aullido, distante esta vez.

¿Acaso había imaginado que me seguían? ¿Los aterradores aullidos provenían de la cima de la montaña traídos por el viento?

Todavía respirando con dificultad, caminé a tientas en la oscuridad hasta la pequeña habitación de atrás donde habíamos apilado todas las cajas de embalar.

Mis libros todavía estaban guardados en una de las cajas.

Estaba segura de que había metido el viejo libro de poesía que mamá siempre me leía.

La blanquecina luz de la luna que entraba por la ventana inundaba la habitación y se reflejaba en la pared de atrás. Encontré la caja que buscaba sobre una de las pilas y la bajé al suelo.

Me temblaban las manos mientras luchaba denodadamente por quitar el precinto y abrir la caja.

«Tengo que encontrar esa poesía —me dije—. Tengo que leer la segunda estrofa del poema».

Abrí la caja de un tirón y comencé a sacar libros. Había puesto unas cuantas novelas arriba de todo. Debajo de ellas, encontré algunos libros de texto y antologías que había usado en la escuela.

Mientras los sacaba y los apilaba cuidadosamente en el suelo, oí que alguien tosía.

Y luego pasos.

Comprendí aterrorizada que había alguien más en la casa.

—¿Tía Greta? ¿Eres tú? —grité.

Sin embargo, la voz que me respondió no era la de tía Greta.

—¡¿Qué estás haciendo?! —preguntó una extraña voz en un susurro ronco.

13

Se encendió la luz del techo.

Parpadeé.

Tragué saliva.

Y vi a tía Greta.

—¡Me has asustado, Jaclyn! —dijo con voz ronca.

Me puse en pie de un salto.

—¡Tú también me has asustado a mí! —respondí, esperando que mi corazón dejara de latir con tanta fuerza—. ¿Qué ha sido de tu voz?

Tía Greta se frotó su pálido cuello.

—Estoy afónica —gruñó—. Tengo un dolor de garganta terrible. Debe de ser por el frío. Todavía no estoy acostumbrada al clima de este pueblo.

El pelo blanco y lacio le caía suelto por la espalda. Tía Greta se puso a desenredárselo.

—¿Qué estás haciendo, Jaclyn? ¿Por qué estás aquí abajo en plena noche? —me preguntó con voz ronca.

—Quiero encontrar esa vieja poesía —respondí—. No puedo recordar la segunda estrofa. Yo…

—Sacaremos los libros de las cajas mañana —me interrumpió mi tía. Bostezó—. ¡Estoy tan cansada! Y me duele mucho la garganta. Tratemos de dormir un poco.

De repente daba la impresión de ser sumamente menuda y frágil.

—Lo siento —dije, saliendo con ella de la habitación—. No te

quería despertar. No podía dormir, así que…

Tía Greta vio la parca que había dejado descuidadamente en una silla de la sala.

—¡¿Has salido?! —exclamó, volviéndose para mirarme a los ojos. Parecía alarmada.

—Bueno…, sí —confesé—. Pensé que tal vez un paseo…

—No deberías salir en mitad de la noche —me regañó. Se frotó el cuello y me escudriñó con los ojos.

—Lo siento —murmuré—. De todas maneras, ¿cuál es el problema? ¿Qué hay de malo en salir de noche?

Mi tía no sabía qué decir. Se mordió el labio inferior como suele hacer cuando está pensando en algo que le preocupa.

—Simplemente que es peligroso. Eso es todo —susurró finalmente—. ¿Qué pasa si te caes en la nieve o algo por el estilo? ¿O si te rompes una pierna? No hay nadie que pueda ayudarte.

—¡En ese caso llegaría a casa rodando! —bromeé. Me reí, pero ella no parecía encontrarle la gracia.

Me daba la extraña sensación de que ella tenía otra cosa en mente. Lo que le preocupaba no era que me cayera. Estaba preocupada por otra razón.

Pero no quería decirlo.

¿Tenía algo que ver con los aullidos animales?

¿Tenía algo que ver con el muñeco de nieve de la montaña sobre el que Conrad me había advertido? ¿El muñeco de nieve que según tía Greta era una superstición de pueblo?

Bostecé. ¡Por fin tenía sueño! Demasiado sueño para seguir pensando en estos temas.

Rodeé los delgados hombros de tía Greta con un brazo y la acompañé hasta su habitación.

—Lamento haberte despertado —susurré. Luego le di las buenas noches y subí a mi habitación en la buhardilla.

Bostezando, me quité los tejanos y el jersey y los tiré al suelo. A continuación me metí de un salto en la cama y me tapé hasta la barbilla.

La pálida luz de la luna entraba por la ventana redonda que estaba al otro extremo de la habitación. Cerré los ojos. No se oían aullidos fuera. Reinaba una calma total.

Apoyé la cabeza en la suave almohada. Todavía encontraba mi cama nueva bastante dura, pero estaba demasiado cansada para darle importancia.

Casi me había quedado dormida cuando oí unos susurros en mi habitación…

—Cuidado con el muñeco de nieve, Jaclyn… Cuidado con el muñeco de nieve…

14

Me senté bruscamente en la cama y me contuve para no gritar.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí? —pregunté con un hilo de voz.

Examiné la habitación. Las formas todavía poco familiares de los muebles tenían un aspecto plateado, fantasmagórico bajo la blanca luz de la luna.

—Cuidado con el muñeco de nieve… —repetían los susurros—. Jaclyn, cuidado con el muñeco de nieve.

—¿Quién eres? —grité—. ¿Cómo sabes mi nombre?

Sentada en esa cama extraña, me aferré al extremo de la colcha, estrujándolo con fuerza entre mis manos.

Traté de escuchar.

Silencio.

—¿Quién eres? —volví a preguntar con voz chillona.

Silencio.

—¿Quién eres?

Silencio…

No sé cuánto tiempo me quedé sentada, esperando una respuesta, hasta que finalmente me quedé dormida.

A la mañana siguiente, le conté a tía Greta sobre la advertencia que había oído en susurros.

Bebió un sorbo de café antes de responder. Luego extendió la mano y apretó la mía cariñosamente.

—Yo también tuve pesadillas ayer por la noche —dijo, todavía

con voz ronca por su dolor de garganta.

—¿Pesadillas? —respondí—. ¿Crees que lo soñé?

Tía Greta asintió y bebió otro largo sorbo de café.

—Por supuesto —me aseguró.

Me pasé el día ayudando a mi tía a vaciar las cajas y a poner en orden nuestra nueva casa. Busqué el libro de poesías en todas y cada una de las cajas, pero no lo encontré por ningún sitio. Era increíble la cantidad de cosas que habíamos traído de nuestro piso de Chicago. La casa era tan pequeña que resultaba realmente difícil hallar un lugar para guardarlo todo.

Mientras trabajábamos, me encontré pensando en Rolonda. Había prometido encontrarse conmigo en la pequeña iglesia del pueblo después de cenar. Había dicho que me contaría la verdad sobre el muñeco de nieve esa noche.

La verdad…

Me acordé de la cara de terror de su hermano Eli mientras nos miraba a Rolonda y a mí desde el portal de su casa. Y recordé cómo se habían asustado al decirles que quería ir hasta la cima de la montaña.

Había mucho miedo en ese pueblo. ¿Se debía todo a estúpidas supersticiones?

Después de lavar y secar los platos de la cena, me puse la parca y las botas y me preparé para acudir a mi cita con Rolonda. Le conté la verdad a tía Greta, le dije que me iba a encontrar con una chica de mi edad que había conocido en mi paseo.

—Nieva mucho —dijo tía Greta con voz ronca—. No vuelvas tarde, Jaclyn.

Le prometí que estaría en casa antes de las nueve. Después me coloqué la capucha, me calcé los guantes y salí.

«¿Aquí nieva cada día?», me pregunté sacudiendo la cabeza.

Siempre me ha gustado la nieve, pero aquello era demasiado.

La nieve caía copiosamente, en delgadas láminas que el fuerte viento empujaba de aquí para allá. Bajé la cabeza y comencé la dificultosa marcha hacia la iglesia.

Los copos de nieve me azotaban la cara y me hacían picar los ojos. Apenas veía nada.

¡Qué nevisca!

Me pregunté si Rolonda cumpliría con su palabra.

La pequeña iglesia de piedra se encontraba en frente de la oficina de correos. No era lejos de mi casa, pero con la nevada y la fuerza del viento parecía lejísimos.

Caminaba con la cabeza baja. Al pisar un montoncito de nieve, se me metió un poco en una bota y me empapó el calcetín.

—¡Ohhh! —Un escalofrío me recorrió el cuerpo—. ¡Me voy a congelar! —dije en voz alta.

No había nadie que me pudiera oír. La calle estaba desierta. Nada se movía. Pasé junto a una casa con todas las luces encendidas pero no se veía a nadie en su interior.

El viento soplaba con una fuerza increíble, como si estuviera empeñado en impedirme avanzar.

—¡Esto es de locos! —murmuré—. ¡De locos! Seguro que Rolonda no vendrá hoy a la cita.

Entorné los ojos en la luz gris del atardecer y divisé el campanario de la iglesia que se recortaba en blanco bajo la intensa nevada.

—Espero que esté abierta —dije en voz alta. Crucé la calle corriendo con la cabeza gacha y me di contra algo duro. Y muy frío.

Unos malignos ojos negros me miraron ferozmente a los ojos.

Y empecé a chillar.

15

Un segundo más tarde, unas manos me arrancaron del sitio.

—Jaclyn, ¿qué te pasa? —gritó una voz.

Mi alarido se me atragantó en la garganta. Trastabillé hacia atrás, resbalando en la nieve.

Al darme la vuelta vi a Rolonda, tirando de la manga de mi abrigo.

—Te vi chocar contra ese muñeco de nieve —dijo—, pero ¿por qué chillaste?

—Yo… yo… —balbuceé. A través de la nieve que seguía cayendo atisbé los ojos oscuros del muñeco y la cicatriz que le surcaba el rostro—. Yo-yo perdí el control —tartamudeé.

Me regañé por comportarme así.

«Ahora Rolonda debe de pensar que soy una boba», pensé con tristeza.

¿Qué me estaba pasando? ¡Chillar porque choqué contra un muñeco de nieve!

—¿Por qué alguien hizo un muñeco de nieve como ése delante de la iglesia? —le pregunté.

Rolonda no respondió. Me miró fijamente con sus ojos oscuros.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Sí, sí, estoy bien. Venga, entremos.

Lancé una última mirada al muñeco, que me sonreía sarcásticamente, y seguí a Rolonda hasta una puerta de madera ubicada en un lateral de la pequeña iglesia. Entramos y sacudimos

las botas en una alfombra de paja para quitarnos la nieve.

—¿Alguna vez deja de nevar aquí? —protesté, al tiempo que me quitaba la capucha y me bajaba la cremallera de la parca.

—Claro. Una vez dejó de nevar durante diez minutos. Fueron como vacaciones de verano —bromeó Rolonda. Se sacudió su largo pelo negro.

Eché una mirada a mi alrededor. Estábamos en una especie de sala de espera. Había un largo banco de madera contra la pared de atrás. Dos lámparas con forma de quinqués colgaban de la pared junto al banco, proyectando una luz tenue.

Colgamos los abrigos y nos sentamos. Me froté las manos, tratando de calentármelas. Tenía las mejillas ardiendo.

—Se está bien aquí dentro —dijo Rolonda, hablando en voz baja —. El cura siempre tiene la calefacción a tope. No le gusta pasar frío.

—¿Y a quién le gusta? —murmuré, frotándome las orejas entumecidas por el frío.

—Es un buen lugar para hablar. Tranquilo —continuó Rolonda —. Sobre todo para hablar de cosas que son… de miedo.

—Cosas de miedo —repetí.

Echó una mirada a la pequeña habitación de paredes blancas. De repente parecía nerviosa e incómoda.

—¿Tu tía te contó algo sobre Sherpia? —me preguntó Rolonda en un susurro—. ¿Sobre la historia del pueblo?

Tuve que acercarme para entenderla. Su voz era casi inaudible.

Me preguntaba por qué estaba tan nerviosa. Éramos las únicas personas en toda la iglesia.

—No —respondí—. No me dijo nada. No creo que tía Greta conozca gran cosa de este pueblo.

—Entonces ¿por qué vinisteis a vivir aquí? —inquirió Rolonda.

Me encogí de hombros.

—¡Eso quisiera saber yo! Tía Greta nunca me lo explicó. Dijo que era hora de irnos de Chicago.

Rolonda se inclinó hacia delante nerviosamente y acercó su cara a la mía.

—Te contaré la historia —susurró—. La historia del pueblo es muy extraña. La gente no habla mucho del tema.

—¿Por qué no? —interrumpí.

—Porque es demasiado aterradora —contestó Rolonda—. Mi hermano Eli está muerto de miedo todo el tiempo. Por eso sugerí que nos encontráramos en la iglesia. A él no le gusta que hable de esto. Le asusta que hable del muñeco de nieve.

—¿El muñeco de nieve? —pregunté. La miré con verdadera ansia—. ¿Qué pasa con el muñeco de nieve?

16

Rolonda se acomodó en el banco de madera y al hacerlo éste crujió. Respiró hondo y comenzó su historia.

—Hace años, vivían dos hechiceros en este pueblo: un hombre y una mujer. Todos sabían que eran hechiceros, pero los dejaban en paz.

—¿Eran hechiceros malvados? —interrumpí.

Rolonda negó con la cabeza.

—No. No creo que fueran malos. Al menos, no creo que lo pretendieran.

Echó otra mirada al recinto. Me apoyé contra el respaldo del banco y esperé con impaciencia a que continuara.

—Un día, los dos hechiceros estaban tonteando, pasándolo bien. Hicieron un sortilegio a un muñeco de nieve, y el muñeco cobró vida.

Ahogué un grito.

—¿De verdad?

Rolonda me taladró con la mirada.

—Por favor, no me interrumpas, Jaclyn. Déjame que te cuente toda la historia primero.

Le pedí disculpas.

Se me acercó y prosiguió con la historia en voz muy baja.

—Los hechiceros usaron su magia para darle vida al muñeco de nieve, pero luego se les fue de las manos.

»El muñeco de nieve tenía mucho poder. Y era malvado. Los brujos le habían dado vida, pero en realidad no sabían lo que

estaban haciendo. No suponían que el muñeco de nieve intentaría destruir el pueblo y a todos los que en él habitan.

»Los hechiceros intentaron usar sus poderes mágicos para hacer que el muñeco de nieve se volviera a dormir, pero sus poderes no eran lo suficientemente fuertes.

»Toda la gente del pueblo se reunió y de alguna forma lograron que el muñeco de nieve se retirara a la montaña.

»Hay una enorme cueva en la cima misma. La gruta está tallada en hielo. Todos la conocen como la cueva de hielo.

»Los vecinos persiguieron al malvado muñeco de nieve hasta la cueva de hielo. Luego la mayoría de la gente se fue del pueblo. Muy pocos se querían quedar, sabiendo que esa criatura maligna continuaba viva en la cima de la montaña.

»Así que casi todos se fueron de Sherpia —continuó Rolonda, susurrando en voz tan baja que apenas podía oírla—. Los dos hechiceros probablemente también se fueron. Nadie sabe con certeza qué les sucedió.

»Y ahí es cuando Conrad aparece en escena —dijo Rolonda.

La miré, desconcertada.

—¿Conrad? ¿El tipo raro de la barba blanca?

Rolonda asintió con la cabeza.

—Después de que el malvado muñeco de nieve fuera perseguido hasta la cueva de hielo, Conrad se fue a vivir allí arriba. Construyó una cabaña justo debajo de la cueva de hielo. Nadie sabe por qué.

»¿Está tratando de proteger al pueblo? —prosiguió Rolonda—. ¿Trabaja para el muñeco de nieve? ¿Le ayuda? ¿O se siente más seguro viviendo cerca del malvado muñeco?

»Nadie lo sabe. Conrad casi nunca baja de la montaña. Y cuando lo hace, no habla con nadie.

»Nadie sabe con seguridad quién es o por qué se queda ahí arriba —continuó Rolonda—. Nadie se relaciona con Conrad. No sabemos si está loco o si es una mala persona.

Suspiró. Una vez más, echó un rápido vistazo al recinto. Parecía nerviosa, como si no quisiera que nadie más supiera que me estaba contando la historia del pueblo.

—Algunas noches —continuó— oímos al muñeco de nieve desde la cima de la montaña. Se le oye rugir y bramar enfurecido. Algunas

noches aúlla como un lobo.

»Todos hemos construido muñecos de nieve idénticos al de la montaña. En cada casa del pueblo hay uno.

Me puse de pie de un salto.

—¡Por eso veo todos esos muñecos de nieve tan raros por todas partes! —exclamé.

Rolonda se llevó un dedo a los labios y me hizo señas para que me volviera a sentar.

Me dejé caer en el banco.

—¿Por qué hacéis los muñecos de nieve? —pregunté—. ¿Por qué hay uno en todos y cada uno de los jardines?

—Para honrarlo —respondió Rolonda.

—¿Qué? ¿Honrarlo? —grité.

—Ya sabes lo que quiero decir —dijo con crudeza—. La gente cree que si el malvado muñeco de nieve baja de su cueva de hielo le agradará ver los pequeños muñecos de nieve que se le parecen, y eso evitará que haga daño.

Rolonda me apretó con fuerza la mano. Me taladró con la mirada.

—¿Entiendes ahora? —susurró—. ¿Entiendes ahora por qué todos tenemos tanto miedo?

La miré… y me eché a reír.

17

No debía haberme reído, pero no lo pude evitar.

Lo que quiero decir es que Rolonda parecía una chica muy lista y se me antojaba imposible que creyera esa historia, ¿no?

Pensé que era una broma, una historia que la gente del pueblo contaba a los recién llegados para asustarlos.

Dejé de reírme al ver la cara de espanto de Rolonda.

—¡Eh, venga! —le dije—. Estás bromeando, ¿verdad?

Sacudió la cabeza solemnemente; le brillaban los ojos en la tenue luz. ¡Me miraba tan seria!

—Tú no crees que un muñeco de nieve sea capaz de caminar, ¿verdad? —le pregunté. El eco agudo de mi voz resonó en el pequeño recinto—. ¡No es posible que creas que un muñeco de nieve pueda estar vivo!

—Sí que lo creo —respondió Rolonda en voz baja y temblorosa —. No es una broma, Jaclyn. Yo lo creo. Y toda la gente del pueblo lo cree.

La miré. El techo chirrió, probablemente debido al peso de la nieve. Cambié de posición en el duro banco de madera.

—¿Acaso lo has visto alguna vez? —pregunté—. ¿Has visto caminar al muñeco de nieve alguna vez?

Parpadeó.

—Bueno…, no —confesó—. Pero lo he oído a medianoche, Jaclyn. He oído sus aullidos y sus gritos enfurecidos.

Se puso de pie.

—Yo no me atrevo a acercarme lo bastante como para verlo,

tengo demasiado miedo —dijo—. No pienso subir a la cueva de hielo. Nadie lo haría.

—Pero, Rolonda… —comencé a decir.

Me interrumpí. Le temblaba la mandíbula. Veía el miedo reflejado en sus ojos.

El simple hecho de hablar sobre el muñeco de nieve la había asustado.

Quería decirle que la historia no podía ser verdad. Quería decirle que sonaba a superstición absurda, a cuento de niños.

Pero no quería ofenderla.

«Tal vez ella sea mi única amiga en este pueblo», pensé.

Me puse de pie y me coloqué el abrigo. Luego las dos salimos de la iglesia.

Ya no nevaba, pero fuertes ráfagas de viento soplaban desde la montaña y hacían que la nieve recién caída se arremolinara y bailara alrededor de nuestras botas.

Me puse la capucha y bajé la cabeza para protegerme del viento.

De ninguna manera iba yo a creer una historia tan descabellada y no comprendía que Rolonda no se diera cuenta de lo absurda que era.

En la calle, nuestras botas se hundían en la fresca y esponjosa nieve. No hablábamos. No nos hubiéramos oído la una a la otra por el ruido del viento.

Acompañé a Rolonda hasta su casa. Nos detuvimos en el portal; el camino de entrada estaba completamente cubierto de nieve.

—Gracias por contarme lo del muñeco de nieve —le dije.

Me volvió a clavar la mirada.

—Tenías que saberlo —dijo con solemnidad. Y luego agregó—: Tienes que creerme, Jaclyn. Es verdad. Todo lo que te he dicho.

No respondí. Tras darle las buenas noches, me volví y me dirigí a mi casa.

Me faltaba muy poco para llegar cuando oí un sonido más fuerte que el rugido del viento.

Un fuerte ¡plaf!, ¡plaf!, ¡plaf!, que se acercaba rápidamente a mis espaldas.

18

Me quedé paralizada.

Por un instante, pensé que era producto de mi imaginación.

Me imaginé un enorme y malvado muñeco de nieve, tan alto como una casa, acechándome.

—¡No! —murmuré. Me di la vuelta y vi al hermano de Rolonda, Eli, que corría hacia mí.

Sus pesadas botas hacían un ruido sordo sobre la nieve. Llevaba el abrigo de piel de cordero abierto.

—Eli, ¡es muy tarde! —grité—. ¿Qué estás haciendo aquí?

No respondió. Respiraba con dificultad, el pecho le subía y bajaba agitado bajo su jersey. Me miró sospechosamente.

—Te lo dijo, ¿no? —preguntó, casi sin aliento.

—¿Qué? —Nos refugiamos detrás de un árbol para resguardarnos del viento—. Eli, ¿qué te pasa? —le pregunté.

—Rolonda te lo dijo, ¿no es verdad? —repitió—. Te contó lo del muñeco de nieve. —Señaló hacia la cima de la montaña.

—Bueno…, sí —respondí. Desde un árbol cercano me cayó un poco de nieve sobre la parca. Me la limpié.

—Eli, ¿estás loco? ¡Hace muchísimo frío aquí fuera! Súbete la cremallera del abrigo —lo regañé.

—Hay algo que Rolonda no sabe —continuó Eli, todavía respirando agitadamente—. No sabe que yo lo vi. Yo vi al muñeco de nieve.

Lo miré, desconcertada.

—¿Que tú has visto al muñeco de nieve? ¿Has visto al muñeco

de nieve viviente?

Eli asintió con la cabeza.

—Sí. Lo vi, pero eso no es lo peor.

—Eli… ¿qué es lo peor? —le pregunté.

19

Se quedó observándome. Pese a que el viento le despeinaba el pelo oscuro, sus ojos permanecían fijos, inamovibles.

—¿Qué es lo peor? —insistí.

—Lo peor —respondió Eli— ¡es que el muñeco de nieve me vio!

El viento aullaba contra el árbol. Arrastré a Eli hasta el costado de la casa más cercana y buscamos cobijo junto a la pared. Temblando, finalmente se subió la cremallera del abrigo.

—Eli, esta historia es de locos —le dije—. Realmente no creo que…

—Déjame contarte lo que pasó —suplicó—. Luego podrás decidir si es de locos o no.

Se estremeció una vez más.

—Me vio, Jaclyn. El muñeco de nieve se quedó mirándome. Me vio. Sabe quién soy. Sabe que lo vi. Por eso le tengo tanto miedo.

—Pero, Eli… —empecé a decir.

Levantó la mano para hacerme callar.

—Espera… ¡por favor! —Respiró hondo—. Sucedió hace unas pocas semanas. Mis dos amigos y yo… subimos la montaña. Queríamos ver la cueva de hielo, así que esquivamos sigilosamente la cabaña de Conrad.

—No lo entiendo —dije—. ¿Qué tiene que ver Conrad con todo esto?

—Él no deja que nadie se acerque a la gruta —me respondió Eli —. Mantiene a todos alejados. ¡Conrad es muy raro! Alguna gente piensa que trabaja para el muñeco de nieve. Que lo protege al

mantener a toda la gente del pueblo alejada.

—Pero ¿lograste escabullirte y pasar de largo la cabaña de Conrad?

Eli asintió con la cabeza.

—Sí. Mis amigos y yo. Y subimos hasta la cueva de hielo. Yo nunca la había visto antes.

—¿Cómo es? —le pregunté.

Eli hizo un gesto dramático con ambas manos, delineando la forma de la gruta.

—Es una cueva enorme, recortada en la ladera de la montaña —me explicó—. Está hecha de hielo. Toda suave y brillante. Parece de cristal.

»La entrada es amplia y totalmente negra, tiene enormes carámbanos que cuelgan con puntas tan afiladas como cuchillos.

—¡Caray! —murmuré—. Parece bonita.

—Sí, en cierto modo lo es —convino Eli—. Pero dejamos de considerarla bonita cuando salió el muñeco de nieve.

Miré a Eli fijamente, estudiando su rostro.

—¿De verdad que viste a un muñeco de nieve caminar? —inquirí.

Eli asintió con la cabeza.

—Oímos un ruido sordo. El suelo comenzó a temblar. Mis amigos y yo nos asustamos. Pensamos que era un terremoto, o una avalancha, o algo por el estilo.

»Mis amigos comenzaron a correr montaña abajo, pero yo me quedé. Y lo vi. El muñeco de nieve asomó la cabeza fuera de la cueva. Era tan grande como un oso pardo. Y tenía una cicatriz que le surcaba la cara.

»Echó una mirada a su alrededor. Luego la posó en mí. Y abrió la boca emitiendo un gruñido feroz. Él… él…

Eli hizo una profunda inspiración y siguió hablando:

—El muñeco de nieve salió de la cueva. El suelo se sacudió. ¡De verdad! La nieve se levantaba en todas las direcciones.

»El muñeco me estaba mirando. Y volvió a rugir. Y… y salí corriendo —continuó Eli agitadamente—. Pasé junto a la cabaña de Conrad y seguí corriendo hasta que llegué al pie de la montaña. No me volví a mirar ni una sola vez.

—¿Y qué pasó con tus amigos? —le pregunté.

—Me estaban esperando abajo —respondió Eli—. Cada uno se fue a su casa y desde entonces nunca hemos hablado de ello.

—¿Por qué? —inquirí.

—Tenemos demasiado miedo, supongo —dijo Eli, bajando la vista—. No hemos vuelto a hablar de lo que pasó. Ni siquiera lo mencionamos. Yo ni siquiera se lo he dicho a Rolonda. Es demasiado aterrador para hablar de ello.

Levantó la vista para mirarme a los ojos.

—Pero ahora tengo sueños —confesó—. Cada noche tengo pesadillas sobre el muñeco de nieve.

Lo miré fijamente, sin saber muy bien qué decir. Le temblaba todo el cuerpo.

Me pregunté si sería a causa del frío o si temblaba de miedo.

Se quedó esperando que dijera algo.

—Eli, si no se lo has contado a Rolonda, ¿por qué me lo cuentas a mí? —le pregunté.

—Para que creas la historia —respondió con solemnidad—. Eres forastera, Jaclyn. Probablemente piensas qué son bobadas, pero tienes que permanecer alejada de la cueva de hielo.

—Pero, Eli… —comencé a decir.

—No le creíste a mi hermana, ¿verdad? —me acusó—. No creíste su historia.

—Bueno… —No sabía qué responder.

—Por eso te estaba esperando —explicó—. Te, esperé para contarte lo que me pasó. ¿Me crees, Jaclyn? ¿Crees que vi al muñeco de nieve?

—Yo… no lo sé —le dije.

El viento azotaba la pared de la casa. Me toqué la nariz y las mejillas. Tenía la cara entumecida.

—Tengo que irme —dije.

Eli me agarró de la manga de la parca.

—Jaclyn, no subas a la cueva de hielo —suplicó—. Por favor, tienes que creer lo que te conté. ¡Es verdad!

Me solté y empecé a correr hacia mi casa por la nieve.

—Vete a casa, Eli —grité volviéndome—. Vete a casa antes de que te congeles.

Corrí hasta casa. Era agradable correr y no pensar en nada.

Se hacía difícil correr por la nieve polvo recién caída. Mis botas resbalaban una y otra vez sobre el hielo subyacente. Cuando llegué a casa, me dolían las piernas.

Tratando de recobrar el aliento, abrí la puerta. Para mi sorpresa, la casa estaba totalmente a oscuras.

Me quité un guante y consulté el reloj. Sólo eran las nueve.

¿Tía Greta se habría ido a dormir tan temprano? Generalmente se queda levantada por lo menos hasta medianoche.

Encendí la luz y eché una mirada a la pequeña sala de estar. En el sofá había una revista abierta. Todo lo demás estaba en su sitio.

Apoyándome contra la puerta, me quité las botas húmedas y las dejé en un rincón. Luego me quité la parca y la dejé sobre el sofá.

Mi mirada se detuvo en la puerta de la habitación de tía Greta.

La puerta estaba abierta. Más allá, la oscuridad era absoluta.

Me acerqué y miré desde el umbral.

—¿Tía Greta? —la llamé con voz suave.

No hubo respuesta.

Entré a la habitación.

—¿Tía Greta? ¿Estás aquí?

Tanteé en la oscuridad en busca de la lámpara de la mesita de noche hasta que logré encenderla.

—¿Tía Greta…?

No. No estaba en su cama. No estaba en la habitación.

—Tía Greta… ¿estás en casa? —grité con fuerza.

Salí de la habitación.

—¡Ohh! —volví a gritar al pisar algo.

Algo frío y húmedo me empapó el calcetín.

—¿Qué es esto? —En el suelo de la habitación había un gran charco de agua helada.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —murmuré.

De repente, me empecé a preocupar.

—¿Tía Greta? —grité, volviendo rápidamente a la sala—. ¿Tía Greta? ¿Dónde estás?

20

Empecé a sentir pánico.

¿Dónde estaba mi tía?

Me dirigía a la cocina cuando un golpeteo en la puerta de la calle me hizo detener.

¿Alguien estaba intentando entrar?

Sofoqué un grito cuando la puerta rechinó al abrirse lentamente.

Y tía Greta entró animadamente, sacudiéndose la nieve de su largo abrigo negro. Me sonrió, pero su sonrisa se desvaneció al ver mi cara.

—Jaclyn, ¿qué te pasa?

—Yo… yo… yo… —balbuceé—. Tía Greta… ¿dónde estabas? ¡Me asusté tanto!

Se quitó el abrigo.

—¿No has visto mi mensaje?

—¿Qué? ¿Un mensaje?

—Dejé una nota sobre la nevera —dijo—. Esta mañana conocí a una pareja muy simpática en la tienda. Pasaron por casa y me invitaron a la suya a tomar el postre y café.

—¡Ah! ¡Qué bien! —alcancé a decir. Mi corazón todavía latía con fuerza.

—¿Por qué tenías miedo? —preguntó tía Greta, mientras colgaba su abrigo en el armario de la entrada. Se alisó la larga trenza blanca.

—Bueno, yo estaba en tu habitación, buscándote. Y pisé un charco frío en el suelo —respondí.

—¿Un charco? Muéstramelo —me pidió tía Greta.

La llevé hasta la habitación y señalé la amplia mancha húmeda en el suelo. Tía Greta miró el techo.

—Tal vez hay goteras —murmuró—. Tendremos que mirarlo mañana por la mañana.

—Yo… yo pensé que era el muñeco de nieve. —No pude evitar decírselo—. Sé que es de locos, pero pensé que había estado aquí. Pensé que había entrado en la casa y que…

Me interrumpí al ver la expresión de espanto en la cara de mi tía. Se quedó boquiabierta.

—Jaclyn, ¿de qué estás hablando? —me preguntó—. ¿Qué te han estado diciendo tus amigos? ¿Más tonterías sobre un muñeco de nieve?

—Sí —confesé—. Rolonda y Eli, los dos chicos del pueblo que conocí, me contaron una historia descabellada sobre un muñeco de nieve viviente que habita en una cueva de hielo en la cima de la montaña. Dijeron que…

—No son más que supersticiones —me interrumpió tía Greta—. Leyendas que han pasado de generación en generación. No son verdad. Eres lo suficientemente lista para darte cuenta de ello, Jaclyn.

—Sí —convine—. ¡Pero Rolonda y Eli parecen tan asustados! Ellos están convencidos de que es todo verdad. Y Eli me suplicó que no subiera a la cueva de hielo.

—Probablemente es un buen consejo —concluyó tía Greta. Se acercó y me puso una mano en el hombro con ternura—. Probablemente no deberías subir hasta la cima de la montaña, cariño —dijo suavemente.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Debe de haber algún peligro real ahí arriba —respondió—. No un muñeco de nieve viviente, pero otra cosa peligrosa.

Suspiró.

—Así es como comienzan estas historias. Algo malo debió de suceder en la cima de la montaña y luego la historia fue cambiando cada vez que alguien la contaba. Con el correr de los años, ya nadie recuerda lo que ocurrió realmente y ahora todo el mundo cree esta historia descabellada sobre un muñeco de nieve viviente.

Sacudió la cabeza.

—¿Has visto todos esos extraños muñecos de nieve en este pueblo? —le pregunté—. ¿Todos esos muñecos con cicatrices en la cara y bufandas rojas? ¿No los encuentras tétricos?

—Es una extraña tradición del pueblo —confesó tía Greta—. Muy peculiar. A mí me parece que tienen un aspecto muy interesante.

—¿Interesante? —Fruncí el entrecejo.

—Bueno, prométeme algo —dijo, bostezando.

—¿Que te prometa algo?

—Prométeme que no vas a ir hasta la cima de la montaña para explorar la cueva de hielo. Seguramente es un lugar muy peligroso.

—Bueno… —No sabía qué decirle.

—Prométemelo —insistió tía Greta con severidad.

—Vale. Prometido —accedí, poniendo los ojos en blanco.

Sin embargo, unos minutos más tarde, decidí romper la promesa.

Estaba metida en la cama, con los ojos cerrados y escuchando. Escuchando los extraños aullidos provenientes de la cima de la montaña.

¿Eran aullidos animales? ¿Eran humanos?

Odio los misterios. Necesito conocer las respuestas.

«Voy a subir», decidí.

«No me importa lo que le prometí a mi tía. Voy a subir hasta la cueva de hielo.

«Mañana».

21

No soñé con muñecos de nieve esa noche. Soñé con peludos gatitos blancos con ojos color azul cielo. Montones de ellos. Los gatitos más blancos que había visto jamás.

Empezaron a treparse unos sobre otros. Sin hacer ruido, al principio. Luego empezaron a maullar y sisear. Un sonido feo, estremecedor.

De repente, todos llevaban bufandas rojas alrededor del cuello.

Se arañaban unos a otros, arqueando sus lomos de un blanco níveo. El ruido se hacía insoportable.

Hasta que me desperté.

La dorada luz del sol matinal que entraba por la ventana redonda inundaba la habitación. Del piso de abajo subía un olor a tocino frito. Tía Greta ya estaba levantada.

Decidí subir la montaña después del desayuno.

No quería seguir pensando en el asunto. Quería subir y resolver el misterio.

Sabía que Conrad, el extraño individuo de la barba blanca, constituía un problema. Si me veía, intentaría detenerme. Él y su lobo.

Pero había concebido un plan para deshacerme de Conrad.

¡Si pudiera conseguir que Rolonda y Eli me ayudaran!

Entre unas cosas y otras, no salí de la casa hasta después del mediodía. Tía Greta me necesitaba para que le ayudara a colgar las cortinas. Y luego pusimos los cuadros y los carteles que ella había traído de Chicago.

La cabaña era diminuta y estaba repleta, pero empezaba a convertirse en nuestro hogar.
—¿Adonde vas? —preguntó tía Greta al ver que me ponía la parca y los guantes y me dirigía hacia la puerta.
—Mmm… a dar un paseo —mentí—. Voy a ver si están Rolonda y Eli por ahí.
En cuanto dije sus nombres, los vi entrar al jardín de mi casa.
Cerré la puerta detrás de mí y me apresuré a salir a saludarlos. Eli llevaba una pala y Rolonda arrastraba dos delgadas ramas de árbol que dejó caer a mis pies.
—¿Para qué es eso? —pregunté—. ¿Qué estáis haciendo por aquí?
—Tenemos que hacer tu muñeco de nieve —respondió Rolonda ceremoniosamente.
—¿Qué? —exclamé.
—No estarás a salvo hasta que tengas un muñeco de nieve en tu jardín —explicó Eli.
—Mirad, chicos… —empecé a decir.
—Es nieve fresca y compacta —informó Rolonda—, así que no nos llevará mucho rato. Eli y yo hemos traído todo lo necesario.
—Pero no tengo tiempo para hacer un muñeco de nieve —protesté—. Quiero subir a la cueva de hielo hoy sin falta.
Ambos sofocaron un grito. Eli sujetó con fuerza el mango de la pala y se me quedó mirando con la boca abierta.
—¡No lo hagas! —gritó.
—Jaclyn, te lo he advertido… —dijo Rolonda.
—Tengo que verlo con mis propios ojos —les dije. Y luego añadí —: Quiero que vengáis conmigo.
—¡No! —Eli ahogó un grito.
Rolonda se limitó a sacudir la cabeza.
—Sabes que nosotros no vamos a subir a la cueva de hielo, Jaclyn. Y tampoco queremos que subas tú.
—Pero si vamos todos juntos… —supliqué.
—¡No! —gritaron ambos al unísono.
Sus caras reflejaban mucho miedo. Al mirarlos se me ocurrió una idea.
—Vale, está bien —dije—. Haremos un trato.

Me miraron con sospecha.

—¿Qué tipo de trato? —preguntó Rolonda.

—Me quedaré a hacer el muñeco de nieve…, si luego me ayudáis cuando hayamos terminado —dije.

—No. No iremos contigo —insistió Rolonda—. No conseguirás que subamos a la cueva de hielo, Jaclyn.

—No hay trato —añadió Eli rotundamente.

—Vosotros no tenéis que subir a la cueva de hielo —les dije—. Simplemente tenéis que distraer a Conrad para que yo pueda escabullirme.

—¿Qué? ¿Y cómo vamos a hacer eso? —preguntó Eli, apoyándose en la pala.

—Ya pensaremos en algo cuando lleguemos allí —respondí—. Si os ponéis a charlar con él, tal vez yo logre pasar sin que me vea y llegar hasta la cueva.

—¡Pero no queremos que vayas a la cueva de hielo! —insistió Rolonda.

—Lo voy a hacer de todas formas —le dije—. Con vuestra ayuda o sin ella. Entonces, ¿me vais a ayudar o no?

Se miraron nerviosamente. Eli le susurró algo a su hermana. Rolonda le contestó, también en susurros. Luego Rolonda se dirigió a mí.

—¿Harás el muñeco de nieve antes? —me preguntó.

—No estarás a salvo sin el muñeco de nieve —agregó Eli.

Quería decirles que hacer el muñeco de nieve no me protegería de nada. Quería decirles que todo aquello era absurdo.

Pero necesitaba su ayuda. Sabía que no lograría eludir a Conrad y su lobo a menos que ellos me ayudaran.

—Vale. Está bien. Primero, haremos el muñeco de nieve —accedí.

—Luego Eli y yo te ayudaremos —prometió Rolonda.

—Pero no pasaremos de la cabaña de Conrad —insistió Eli con voz temblorosa.

—¡Fantástico! —respondí—. Empecemos.

Me agaché y empecé a moldear una bola de nieve para hacer el cuerpo del muñeco. Rolonda tenía razón. La nieve era perfecta. Hice rodar la bola por el jardín nevado hasta que se hizo tan grande que

eran necesarias dos personas para empujarla. Rolonda y yo nos encargamos del cuerpo del muñeco, mientras Eli formaba la bola de nieve para la cabeza.

Levantar uno de esos extraños muñecos de nieve me dio una sensación escalofriante, como si de algún modo me hubiera convertido en parte de la superstición. Estaba formando parte de una especie de antigua tradición del pueblo, una tradición que estaba basada en el miedo.

Todos los lugareños hacían esos muñecos de nieve porque tenían miedo. Y allí estaba yo, construyendo uno también.

«¿Debería tener miedo?», me pregunté.

Estaba contenta cuando terminamos el muñeco de nieve. Rolonda sacó una bufanda roja del bolsillo de su abrigo, y se la pusimos alrededor del cuello.

Los oscuros ojos del muñeco de nieve parecían observarme. La boca estaba inclinada hacia abajo en una mueca de desprecio y furia. Los brazos se agitaban suavemente en el viento.

—Bien. Buen trabajo —les dije a mis dos nuevos amigos—. Ahora pongámonos en marcha. —Señalé hacia la cima de la montaña.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —preguntó Eli en un hilo de voz.

—Estoy absolutamente segura —declaré firmemente.

Sin embargo, en cuanto empezamos a caminar, me di cuenta de que no estaba tan segura como aparentaba.

La calle trazaba una curva al subir hacia la montaña. Enseguida dejamos atrás las últimas casas y comenzamos a caminar a través de bosques nevados.

No hablábamos. Manteníamos la vista al frente.

Poco a poco el sol de la tarde se ponía por detrás de los árboles, alargando las sombras azuladas, sobre el suelo nevado. El aire se hacía más frío a medida que subíamos.

Cuando avistamos la cabaña de Conrad, mi corazón empezó a latir con más fuerza.

Intentaba mantener la calma y conservar las ideas claras, pero en realidad estaba llena de dudas.

¿Estaría Conrad dentro de la cabaña?

¿Dónde estaba el lobo blanco?
¿Funcionaría mi plan?

22

Los tres nos detuvimos al final del camino y observamos la cabaña en la distancia. El sol se había escondido tras los árboles. La nieve se arremolinaba delante de nosotros en sombras grises.

A la izquierda de la cabaña, vi una hilera de arbustos bajos cubiertos de nieve.

—Me esconderé detrás de esos arbustos —le dije a Rolonda y Eli—. Vosotros corred hasta la cabaña y entretened a Conrad y el lobo para que no me vean.

—No va a funcionar —murmuró Eli con la mirada fija en la cabaña.

—Se está poniendo un poco oscuro —dijo Rolonda, inquieta—. Tal vez deberíamos volver mañana por la mañana.

—Tal vez deberíamos olvidarnos de todo —sugirió Eli. Vi cómo le temblaba la barbilla. Se estremeció.

—¡Ey! ¡Lo habéis prometido! —exclamé—. Una promesa es una promesa, ¿no es cierto?

No respondieron. Ambos tenían la mirada fija en la oscura cabaña que se alzaba un poco más adelante.

—He llegado hasta aquí. Yo no me vuelvo —dije terminantemente—. ¿Vais a ayudarme o no?

Me sobresaltó un gruñido proveniente de la cabaña. El lobo debía de habernos oído u olido.

Sabía que vendría corriendo en cualquier momento.

—¡Venga! —los animé.

Me escondí detrás de los arbustos cubiertos de nieve. Logré

ocultarme por completo justo cuando Conrad y el lobo salían de la cabaña.

—¡Hola! —Rolonda saludó a Conrad.

—¡Hola! —repitió Eli.

Observé a Rolonda y Eli acercarse corriendo hasta donde estaba Conrad.

El lobo bajó la cabeza, observándolos con detenimiento.

Rolonda y Eli charlaban animadamente con Conrad, aunque no podía oír lo que estaban diciendo.

«¡Lo están haciendo! —me dije, mi corazón latía alocadamente —. Lo están distrayendo.

»Hora de ponerme en marcha.

»Hora de salir corriendo».

Oía a Rolonda hablando con Conrad. Al echar una rápida mirada por encima de los arbustos, vi que el lobo estaba de espaldas a mí.

Conrad se rascaba la cabeza, mientras escuchaba a Rolonda. Aunque no veía su rostro, me imaginaba que estaría muy confundido y sorprendido, puesto que él nunca recibía visitas.

«¡Se debe de estar preguntando qué están haciendo Rolonda y Eli aquí!»

Traté de quitarme todos estos pensamientos de la cabeza.

Era hora de salir corriendo.

Respiré hondo.

Luego, todavía agachada, empecé a correr.

Sentía las piernas como si fueran de gelatina. Mis botas se hundían en la profunda capa de nieve.

Con la cabeza baja, subí como un rayo por la abrupta ladera de la montaña.

Más y más arriba.

Acababa de dejar atrás los arbustos, cuando oí el enfurecido grito de Conrad:

—¡Eh! ¡Un momento!

23

¡Me detuve tan de repente, que me caí hacia atrás!

Aterricé con violencia. La nieve parecía volar hacia mi cara, envolverme, rodearme. Todo se tornó blanco.

Me di cuenta de que estaba atrapada. Mi plan no había funcionado.

Me puse de pie y me volví para enfrentarme a Conrad.

Para mi sorpresa, no me estaba persiguiendo. Él y el lobo corrían montaña abajo en pos de Rolonda y Eli.

Oí gruñir al lobo antes de que desaparecieran detrás de una curva.

Permanecí inmóvil en el sitio, mirando el lugar donde habían estado hasta hacía sólo un momento.

Me preguntaba si Conrad sería capaz de hacerles daño a Rolonda y Eli y si debería ir tras ellos e intentar ayudarlos.

No. Tenía que seguir.

Ése era el plan. Era mi única oportunidad.

Tras tomar aire una vez más, me di la vuelta y comencé a trepar por la ladera de la montaña. En un trecho la pendiente era bastante pronunciada, tanto que no estaba segura de poder lograrlo.

Por suerte, poco después el suelo se volvió más plano. Me encontré en un amplio saliente resbaladizo. Mis botas patinaban sobre la capa de hielo.

Caminé pegada a la pared de la montaña.

Levanté la vista y me encontré con la cueva de hielo.

¡Sí!

Ahí estaba, un poco más arriba. Una gruta tan alta como un edificio, en cuya superficie suave y lisa se reflejaban las nubes.

No distinguía la entrada desde donde me encontraba. Estaba viendo uno de los lados.

El saliente se hacía más estrecho al rodear la montaña en dirección a la cueva.

Continué caminando pegada a la pared de la montaña y lentamente, paso a paso, me fui acercando a la cima.

—¡No mires hacia abajo! —murmuré en voz alta.

Pero apenas lo dije, sentí un impulso irrefrenable de mirar.

Desde el saliente se abría un hondo precipicio, cuyo final se veía muy, muy abajo.

Si resbalaba y me caía…

«¡No voy a resbalar!», me dije.

¡Un estruendo ensordecedor me sobresaltó!

Me sujeté con ambas manos para evitar caerme.

El suelo tembló bajo mis pies.

Otro ruido atronador me hizo chillar de miedo.

El precario saliente donde me encontraba volvió a temblar. ¡Toda la montaña parecía agitarse!

El ruido venía de la cueva.

Me pregunté si había algo moviéndose allí arriba o era el sonido normal que se oía en la cima de una montaña a causa del viento.

Me armé de coraje y seguí avanzando. Palmo a palmo.

Había llegado hasta allí y me negaba a retroceder.

El saliente se hacía aún más angosto y resbaladizo a medida que se acercaba a la cima.

Otro estruendo me hizo sofocar un grito.

Logré resistir y continué avanzando por el angosto saliente.

Empezaba a pensar que nunca alcanzaría la cima, pero justo en ese momento la entrada de la cueva apareció ante mis ojos.

Y a continuación, se presentó ante mí la cosa más horripilante que había visto en toda mi vida.

24

Al principio no noté su presencia.

Primero, vi la capa de hielo sólido que cubría el saliente, tras el que se hallaba la gruta. La ominosa entrada a la cueva era más negra que la más oscura de las noches.

Me quedé observando la oscuridad, tratando de recobrar el aliento, intentando que mi corazón recobrara su ritmo normal.

Las nubes reflejadas en el hielo se deslizaron rápidamente hacia la derecha. Daba la impresión de que era la cueva la que se movía.

Los puntiagudos carámbanos que pendían como espadas del techo de la cueva asemejaban una boca con dientes afilados a punto de cerrarse.

Me quedé mirando la negra abertura de la cueva y esperé para ver si aparecía algo.

No tuve que esperar mucho rato.

Un redoble tan fuerte como un trueno sacudió el suelo.

Por miedo a resbalar y caer del saliente, me arrodillé. El estruendo se convirtió en un rugido, al tiempo que una alta y blanca figura emergía de la penumbra de la cueva. ¡Un enorme muñeco de nieve!

Sofoqué un grito y me quedé observando horrorizada la masa de nieve que se me acercaba.

—¡Nooooo! —gemí.

Olvidé dónde estaba. Olvidé que estaba encaramada a un estrecho saliente cubierto de hielo.

Empecé a retroceder, a alejarme de la gigantesca criatura.

Entonces resbalé.
Perdí el equilibrio.
Y me sentí caer.

25

En un acto reflejo extendí los brazos y me aferré al saliente helado.

Aguanté y aguanté.

Con un gemido de terror, logré ponerme a salvo nuevamente. Me temblaba todo el cuerpo y respiraba con dificultad.

Me acurruqué sobre el saliente helado y observé al muñeco de nieve que tenía los ojos clavados en mí. La bufanda color rojo sangre le ondeaba en el viento. Los oscuros ojos redondos eran tan grandes como los pomos de una puerta. La boca oscura permanecía inclinada hacia abajo en una mueca de desprecio feroz.

¡Y la cicatriz!

La cicatriz, que surcaba profundamente una mejilla de su redonda cabeza, era larga y curvilínea, como una serpiente negra.

—¡Ohhhhh! —volví a chillar cuando aquellos brazos hechos de ramas de árbol se extendieron hacia mí.

Me estremecí al sentir una repentina ola de frío. Un frío que nunca había experimentado antes y que emanaba en forma de ondas heladas desde el descomunal cuerpo del muñeco de nieve.

De pronto ladeó su gran cabezota redonda. Los ojos negros se hicieron aún más grandes y bramó con voz profunda:

—¿Quién eres?

Temblé a causa del frío que desprendía el cuerpo de aquella criatura.

¡El muñeco hablaba!

Las historias que Rolonda y Eli me habían contado eran ciertas.

Era todo verdad.

Con su mirada fija en la mía, el colosal muñeco de nieve se acercó más y más.

Quería ponerme de pie.

Quería correr.

Pero me había quedado de piedra.

Era incapaz de levantarme. No podía retroceder. No podía escapar.

—¿Quién eres? —volvió a rugir el muñeco de nieve. Toda la montaña se estremeció.

—Yo… yo… —dije con voz temblorosa y aguda—. Por favor… —logré decir—. Por favor… No era mi intención molestarlo. Yo…

—¿Quién eres? —tronó por tercera vez la enorme criatura de nieve.

—¿Mi nombre? —chillé—. Me llamo Jaclyn. Jaclyn DeForest.

Extendió los brazos de rama de árbol hacia arriba. Su oscura boca se abrió en una mueca de sorpresa.

—Dilo de nuevo —me ordenó.

Las ondas heladas me hicieron temblar.

—Jaclyn DeForest —repetí aterrorizada.

El muñeco de nieve me observó en silencio por largo rato. Bajó los brazos y los puso a los costados de su redondo cuerpo.

—¿Sabes quién soy? —me preguntó.

Tragué saliva. La pregunta me tomó totalmente por sorpresa. Abrí la boca para responder, pero no logré emitir sonido alguno.

—¿Sabes quién soy? —repitió el muñeco de nieve con voz atronadora.

—No —chillé—. ¿Quién eres?

—¡Soy tu padre! —gritó.

26

—¡Nooooooo! —Un largo gemido escapó de mi garganta.

Quería escapar de allí. Quería salir corriendo. Deslizarme montaña abajo. Volar lejos.

Pero no me podía mover.

El muñeco de nieve me tenía atrapada con garras invisibles. Me congelaba con las gélidas ondas que emanaban de su cuerpo.

—Jaclyn… Soy tu padre —repitió el muñeco de nieve, bajando su estruendosa voz. Me miró con aquellos aterrorizadores ojos vidriosos—. Créeme.

—¡Eso-eso es imposible! —tartamudeé. Crucé los brazos intentando que mi cuerpo dejara de temblar—. ¡Eres un muñeco de nieve! ¡No puedes ser mi padre!

—¡Escúchame! —rugió el muñeco de nieve—. Soy tu padre. Tu madre era una hechicera. Y tu tía también. Tu tía practica todo tipo de magia.

—¡No…! —protesté.

Sus mentiras me hicieron recobrar mi coraje. Me puse de pie.

—¡Eso no es verdad! —grité furiosa—. Nunca he visto a tía Greta hacer magia. ¡Estás mintiendo!

Cuando el muñeco de nieve se balanceó de lado a lado, el saliente tembló bajo mis pies y casi me hizo perder el equilibrio.

—No estoy mintiendo, Jaclyn —insistió. Levantó los brazos, como si me estuviera suplicando—. Te estoy diciendo la verdad.

—Pero… pero… —balbuceé.

—Tu madre me hizo esto —dijo el muñeco de nieve—. Usó su

magia para convertirme en un muñeco de nieve. Tenías dos años. Me convirtió en un muñeco de nieve y luego trató de deshacer el hechizo, pero no lo logró. Entonces ella y tu tía Greta escaparon del pueblo, llevándote con ellas.

—¡Tu historia no tiene sentido! —grité—. Si lo que dices es cierto, ¿por qué volvimos a vivir aquí? ¿Por qué tía Greta me trajo de vuelta a este pueblo?

—Tu tía tenía una buena razón para volver —explicó el muñeco de nieve—. Ella sabe que después de diez años, el hechizo empieza a dejar de tener efecto.

—No-no entiendo —tartamudeé. Tenía tanto frío que me impedía pensar con claridad. Intenté entender lo que me estaba diciendo.

—Después de diez años, el conjuro deja de tener efecto —repitió el muñeco de nieve—. Tu tía regresó para renovar el hechizo. Quiere que permanezca como un muñeco de nieve. Quiere mantenerme prisionero aquí arriba para siempre para asegurarse de que no le cuente a todo el mundo lo que me sucedió. ¡Y quiere que tú te quedes con ella!

—¡Tía Greta no es una hechicera! —protesté—. He vivido con ella la mayor parte de mi vida. Y nunca la he visto hacer ningún tipo de magia. Ella no…

—¡Por favor! —bramó el muñeco de nieve, levantando un brazo de rama de árbol para hacerme callar—. No queda mucho tiempo. Soy tu padre, Jaclyn. Tu verdadero padre. Tienes que creerme.

—Pero, yo… yo… —No sabía qué decir. No podía pensar. Era todo demasiado… descabellado.

—Tú puedes liberarme —rogó el muñeco de nieve—. Me puedes salvar, pero tienes que darte prisa porque tu tía Greta renovará el sortilegio pronto. Si no me salvas, seré un muñeco de nieve durante otros diez años.

—Pero ¿qué puedo hacer yo? —grité—. No soy una bruja. No sé hacer magia. ¿Qué puedo hacer?

—Me puedes salvar —insistió la gigantesca criatura de nieve—, pero no puedo decirte cómo. —Dejó escapar un amargo suspiro—. Si te digo cómo salvarme, sólo reforzaré el hechizo —continuó—. Tienes que encontrar la manera por ti misma.

—¿Qué? Pero ¿cómo? —pregunté.

—Te puedo dar una pista —respondió el muñeco de nieve—. No te puedo decir cómo salvarme, pero sí darte una pista.

—Vale —dije suavemente.

Apreté los brazos contra mi cuerpo con más fuerza y escuché mientras el muñeco de nieve recitaba la familiar poesía con voz profunda y grave:

Cuando la nieve se arremolina con el viento
y el día se hace viejo,
cuidado con el muñeco de nieve, mi niño,
cuidado con el muñeco de nieve,
que trae el frío.

Lo miré atónita.

—¡Tú-tú sabes el poema! —tartamudeé.

—Esa es tu pista —dijo el muñeco de nieve suavemente—. Es la única ayuda que puedo darte. Ahora debes encontrar la manera de salvarme.

Ya sabía cómo salvarlo.

Lo supe en cuanto recitó la vieja poesía.

¡La segunda estrofa! El secreto tenía que estar en la segunda estrofa. La estrofa que yo no lograba recordar.

—Por favor, Jaclyn. —El muñeco de nieve me miró implorante —. Por favor, ayúdame. Soy tu padre, Jaclyn. Soy realmente tu padre.

Lo miré, tratando con todas mis fuerzas de tomar una decisión.

¿Debería creerle?

¿Debería ayudarlo?

27

«Sí —decidí—. Sí, lo ayudaré. Ahora me iré corriendo a casa, encontraré el viejo libro de poesías y leeré la segunda estrofa del poema».

—¡Volveré pronto! —le prometí al muñeco de nieve. Me volví, soltándome de sus invisibles garras.

Comencé a correr por el saliente. ¡Y sofoqué un grito cuando casi me choco con tía Greta!

—¡Tía Greta…! —chillé espantada.

—¡Intenté advertírtelo! —me gritó—. Intenté infundirte miedo, Jaclyn, para evitar que subieras aquí.

¡Entonces había sido tía Greta la que había susurrado en mi habitación la noche anterior, la que me había advertido de que tuviera cuidado con el muñeco de nieve!

Sus ojos oscuros estaban fuera de sus órbitas. ¡La cara, normalmente pálida, estaba roja como un tomate! Llevaba el largo abrigo negro abierto y ondeaba enloquecido con el viento.

Con una mano levantó un gran libro negro que puso fuera de mi alcance.

—Jaclyn, ¿es esto lo que estabas buscando? —preguntó con voz chillona.

—¡¿El libro de poesías?! —grité.

Mi tía asintió con la cabeza. Sostenía el libro a una altura a la que yo no podía llegar.

—Tía Greta… ¿es verdad? —le pregunté, volviéndome para mirar al enorme muñeco de nieve—. ¿Es realmente mi padre?

La cara de mi tía se contorsionó en un gesto de sorpresa.

—¿Qué? ¿Tu padre? —exclamó—. ¡Vaya mentira! ¿Eso te dijo? ¿Que él es tu padre? Es mentira. ¡Es una mentira horrible!

—¡Noooooo! —bramó el muñeco de nieve.

Yo pegué un salto, pero tía Greta hizo caso omiso del grito ensordecedor.

—Es mentira, Jaclyn —repitió, mirando furiosamente al muñeco de nieve—. Él no es tu padre. ¡Es un monstruo maligno!

—¡Noooooo! —vociferó de nuevo el muñeco de nieve. Toda la montaña se estremeció con el grito.

—Tu madre y tu padre eran hechiceros —continuó tía Greta, sin hacerle caso—. Practicaban su magia noche y día, pero fueron demasiado lejos. Lo crearon por accidente.

Tía Greta señaló al muñeco de nieve con expresión amarga.

—Es un monstruo maligno —repitió entre dientes—. Cuando tus padres vieron lo que habían hecho, se quedaron horrorizados. Congelaron al monstruo dentro del cuerpo del muñeco de nieve. Poco después, tu padre desapareció. Tu madre y yo te llevamos lejos de este pueblo. ¡Escapamos para estar a salvo de este horrible monstruo maligno!

—¡Eres una mentirosa! —bramó el muñeco de nieve, agitando sus brazos de palo frenéticamente. La bufanda ondeaba a ambos lados como alas de halcón.

—¡Jaclyn, no le creas! —suplicó el muñeco de nieve—. Sálvame… ¡por favor! Soy tu padre —dijo extendiendo los brazos hacia mí—. Por favor —rogó—, sé que te resulta difícil creerlo. Pero tu tía es la malvada, es una hechicera. Ella, tu madre y yo… éramos todos hechiceros. No soy malvado. No soy un monstruo. Por favor…

—¡Mentiroso! —le chilló tía Greta. Furiosa, tomó el libro con ambas manos, como si fuera a arrojárselo—. ¡No sé nada de magia! —gritó tía Greta—. ¡No sé nada de conjuras! ¡No soy una hechicera!

Abrió el libro y empezó a pasar las páginas con frenesí.

—No soy una hechicera, pero traje este libro porque conozco su secreto. ¡Sé lo que debo hacer para asegurarme de que permanezcas congelado en ese cuerpo de muñeco de nieve para siempre!

El muñeco de nieve continuaba con los brazos extendidos hacia mí.

—Jaclyn, sálvame. Sálvame ahora —suplicaba.

Miré a mi tía y lo volví a mirar a él.

¿A quién debería creer?

¿Quién estaba diciendo la verdad?

De repente, se me ocurrió una idea.

28

Le quité el libro de poesía de entre las manos a mi tía.

—¿Qué estás haciendo? —gritó.

Reaccionó con rapidez y forcejeó para intentar recobrarlo.

Ambas tiramos de él hasta que las páginas amarillas y quebradizas cedieron y salieron volando. La pesada cubierta se partió en dos.

Tía Greta se aferraba a él desesperadamente.

Al fin logré quitárselo y retrocedí hacia la pared de la cueva de hielo.

Tía Greta dio un paso hacia mí, miró al muñeco de nieve y decidió no acercarse tanto a él.

—Jaclyn… ¡estás cometiendo un gran error! —me advirtió tía Greta.

Apoyada contra la suave pared de la cueva, pasé rápidamente las páginas del viejo libro.

—Voy a encontrar el poema —le dije—. Voy a leer la segunda estrofa. Es la única manera de saber la verdad.

—¡Gracias, hija! —rugió el muñeco de nieve.

Tía Greta emitió un gemido de protesta.

—¡Te estoy diciendo la verdad, Jaclyn! —gritó—. Te he cuidado todos estos años. Yo no te mentiría.

Pero yo ya había tomado una decisión.

Tenía que leer la segunda estrofa. Era la única manera de averiguar quién estaba mintiendo y quién estaba diciendo la verdad.

—¡Es un monstruo! —gritó tía Greta.

El muñeco de nieve permanecía inmóvil y en silencio, observando cómo yo pasaba las páginas furiosamente.

¿Dónde estaba ese poema? ¿Dónde?

Levanté la vista.

—¿Tía Greta…?

Se agachó para recoger una de las páginas que había caído al suelo. Mientras examinaba rápidamente la página, una sonrisa apareció en su cara.

El viento le levantaba los faldones del abrigo, tenía los ojos desorbitados. La hoja se agitaba en su mano.

—Jaclyn, no permitiré que leas esa poesía —dijo.

—¿Es…? ¿Es la que tienes tú en la mano? —grité.

—No puedo dejar que la leas —repitió tía Greta.

Y arrojó la hoja por el precipicio.

29

Dejé escapar un chillido.

Observé la hoja flotar. La vi elevarse, y luego empezar a caer.

«No hay nada que hacer», pensé.

La segunda estrofa se había perdido ya para siempre.

El viento la llevaría montaña abajo hasta el fondo del precipicio y no la volvería a ver nunca más.

Grité de nuevo. De pronto el viento levantaba la página más y más.

¡Y la trajo hacia mi mano!

La agarré al vuelo mientras la observaba atónita.

Y antes de que tía Greta pudiera volver a quitármela, me la puse a la altura de los ojos y empecé a leer en voz alta la segunda estrofa de la poesía:

Cuando la nieve se derrite
y el cálido sol te acompaña,
cuidado con el muñeco de nieve…

—¡Noooooo! —chilló tía Greta. Se lanzó hacia mí y me arrebató la hoja de las manos de un tirón.

La hizo trizas.

El muñeco de nieve dejó escapar un grito de horror. Se agachó e intentó atrapar a tía Greta.

Demasiado tarde.

Las desiguales tiritas de papel revolotearon sobre la nieve.

—Tía Greta… ¿por qué? —le pregunté.

—No podía dejar que lo hicieras —respondió—. Es un monstruo, Jaclyn. No es tu padre. No podía permitirte que lo dejaras libre.

—Está mintiendo —insistió el muñeco de nieve—. No quiere que me conozcas, Jaclyn. No quiere que conozcas a tu verdadero padre. Quiere dejarme congelado en esta cueva para siempre.

Me volví hacia mi tía. Su expresión era severa y dura. Me miró fríamente.

Respiré hondo.

—Tía Greta, tengo que saber la verdad —le dije.

—¡Te he dicho la verdad! —insistió.

—Tengo que comprobarlo por mí misma —respondí—. Yo… yo vi la última línea del poema antes de que tú lo agarraras y lo rompieras. Sé todo el poema, tía Greta.

—No… —suplicó mi tía, extendiendo los brazos hacia mí.

Pero yo retrocedí contra la pared helada de la cueva, y recité el poema de memoria:

Cuando la nieve se derrite
y el cálido sol te acompaña,
cuidado con el muñeco de nieve…
¡porque el muñeco de nieve saldrá libre!

—¡No, Jaclyn! ¡No! ¡No! ¡No! —protestó tía Greta con desesperación. Se puso las manos a ambos lados de la cara y gritó otra vez—. ¡No! ¡No! ¡No!

Me volví hacia el muñeco de nieve y vi que se empezaba a derretir.

La blanca nieve le resbalaba por la cara y el cuerpo como un helado al sol.

Los ojos negros cayeron al suelo nevado. La cara se derritió sobre el cuerpo. La nieve corría por el redondo cuerpo. Los brazos de ramas de árbol cayeron al suelo con un golpe sordo.

Lentamente la cara real se hacía visible.

Lentamente el cuerpo emergía bajo la nieve.

Me quedé mirando cómo la nieve desaparecía gota a gota.

Y entonces de mi garganta salió un grito de terror.

30

¡Un monstruo!

Un feo y malhumorado monstruo de piel roja emergió al derretirse la nieve completamente.

Tía Greta había dicho la verdad. Había un monstruo atrapado dentro del muñeco de nieve, y no mi padre.

No era mi padre.

Era un monstruo… ¡un monstruo espantoso!

Tenía la cabeza en forma de toro y el cuerpo recubierto de escamas rojas. Los ojos amarillos giraban y giraban descontrolados y una lengua violeta se movía continuamente en la boca de dientes desiguales.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No! —repetía tía Greta como una posesa, todavía con las manos sobre la cara. Le corrían lágrimas por las mejillas y las manos.

—¿Qué he hecho? —me lamenté.

El monstruo echó la cabeza hacia atrás y estalló en una carcajada gutural. Recogió el libro de poesía del suelo con sus escamosas manos de tres dedos. Y lo lanzó por la ladera de la montaña.

—¡Y ahora te toca a ti! —rugió dirigiéndose a mí.

—¡No! ¡Por favor! —le supliqué.

Tomé a tía Greta por los hombros y la alejé del borde del precipicio. Nos refugiamos contra la pared helada de la cueva.

—Adiós —gruñó el monstruo—. Adiós a todos.

—¡Pero yo te salvé! —supliqué—. ¿Es ésa mi recompensa? ¿Ser

arrojada por la ladera de la montaña?

La bestia de escamas rojas asintió con la cabeza. Una horrible sonrisa dejó ver más dientes desparejos.

—Sí. Ésa es tu recompensa.

Me levantó con una sola mano agarrándome por la cintura con tal fuerza que me cortó la respiración.

Levantó a tía Greta con la otra mano.

Nos colocó por encima de su cabeza.

Dejó escapar un horrible gruñido ronco.

Y nos dejó colgando sobre el precipicio.

31

Sus fuertes manos nos balanceaban sobre el borde del abismo.

Miré hacia abajo. El suelo parecía estar lejísimos.

Para mi sorpresa, el monstruo no nos arrojó al vacío.

Se dio la vuelta y nos dejó a mi tía y a mí en el suelo nuevamente.

—¿Cómo…?

No entendía lo que estaba ocurriendo. El monstruo estaba mirando en dirección al angosto saliente que conducía a la cima de la montaña. Había dejado de prestarnos atención a tía Greta y a mí.

Intentando recobrar el aliento, me di la vuelta y le seguí la mirada.

Entonces vi qué era lo que le había alarmado. Y lo que me había salvado la vida.

¡Un desfile!

Un desfile de muñecos de nieve.

Todos los muñecos de nieve del pueblo estaban marchando hacia la cueva de hielo en una larga columna.

El viento mecía las bufandas rojas. Los brazos de palos se balanceaban al avanzar ruidosamente por la ladera de la montaña.

Se acercaban marchando hacia nosotros como soldados. Marchaban y marchaban provocando un gran estruendo. Todos idénticos. Todos con la cicatriz y la cara severa y una mueca de desprecio.

—¡No-no lo puedo creer! —tartamudeé. Me tomé del brazo de tía Greta.

Nos quedamos horrorizadas ante el desfile de los muñecos de nieve.

—Todos ellos vienen a servir al monstruo —susurró tía Greta—. Estamos perdidas, Jaclyn.

32

Los muñecos de nieve seguían avanzando ruidosamente por el saliente helado. Las firmes pisadas resonaban cada vez más a medida que se acercaban. El sonido rebotaba en la nevada cima de la montaña y tenía la sensación de que mil muñecos de nieve marchaban hacia nosotros para atacarnos.

Tía Greta y yo nos acurrucamos contra la suave pared de la cueva.

No teníamos escapatoria. El monstruo bloqueaba la entrada de la cueva y los muñecos de nieve cortaban toda posibilidad de huida por el camino.

Los muñecos se aproximaban más y más. Estaban tan cerca que era visible la ira en sus redondos ojos negros. Lo suficientemente cerca para que se vieran las cicatrices en forma de serpiente que les surcaban la cara.

Tía Greta y yo no nos podíamos mover. Levantamos las manos como para escudarnos.

En ese momento ahogamos un grito de sorpresa al ver que los muñecos de nieve marcharon junto a nosotras y pasaron de largo.

Se dirigieron hacia el monstruo con pasos pesados. Aceleraron el ritmo, agitando los brazos. Los oscuros ojos tenían un brillo malévolo.

Los muñecos de nieve se acercaron al sorprendido monstruo y lo empujaron con fuerza. Se amontonaron contra él. Primero un muñeco de nieve. Y luego dos. Y diez.

Aplastaron el escamoso cuerpo rojo, empujándolo más y más. El

monstruo rugió furiosamente echando la cabeza hacia atrás, pero el rugido fue sofocado cuando un muñeco de nieve rodó por encima de la cabeza del monstruo.

Tía Greta y yo observamos atónitas el ataque de los muñecos de nieve.

Aplastado contra la pared de la cueva, el monstruo agitó los brazos en el aire y luchó denodadamente.

Todo fue en vano. El monstruo desapareció bajo una montaña de muñecos de nieve, que continuaban empujándolo con fuerza y en absoluto silencio.

Como una avalancha muda.

Cuando finalmente retrocedieron, el monstruo estaba congelado, con los brazos en posición de ataque. Prisionero para siempre dentro de la pared de hielo.

Los muñecos de nieve lo habían incrustado en la transparente pared de hielo.

Tía Greta y yo temblábamos junto a la entrada de la cueva. Estábamos abrazadas. Las piernas me flojeaban y percibía el temblor de tía Greta bajo su abrigo.

—¿Qué hizo venir a todos los muñecos de nieve hasta aquí arriba? —le pregunté—. ¿Fuiste tú, tía Greta?

Negó con la cabeza, las pupilas todavía dilatadas de asombro.

—No fui yo la que los traje, Jaclyn —dijo suavemente—. Te dije la verdad. No tengo poderes mágicos. Tu padre y tu madre eran hechiceros, pero yo no.

—Entonces, ¿quién los hizo subir la montaña para rescatarnos? —pregunté.

—Fui yo —se oyó una voz.

33

Al volverme hacia el saliente, vi a Conrad de pie. El viento le despeinaba el pelo gris. El lobo blanco estaba a su lado.

—¿Tú has hecho marchar a los muñecos de nieve? —grité—. ¿Tú también eres un hechicero?

Conrad asintió con la cabeza. Miró al monstruo atrapado en su prisión de hielo y en su cara se dibujó una sonrisa.

—Sí. Yo los envié para que os rescataran —dijo.

Tía Greta clavó los ojos en Conrad. Al observar su cara con detenimiento, se quedó boquiabierta.

—¡Eres tú! —gritó tía Greta—. ¡Eres tú!

La sonrisa de Conrad se hizo aún más amplia.

—Sí —le dijo a mi tía.

—¿Quién… quién es él? —inquirí.

Tía Greta se volvió hacia mí y me puso una mano en el hombro.

—Jaclyn —dijo suavemente—, vine a vivir aquí de nuevo porque pensé que él podría estar aquí todavía. Y sí, tenía razón. Está aquí.

Me sonrió, al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Conrad es tu padre —susurró tía Greta.

Conrad y yo gritamos al unísono.

Corrió hacia mí y me envolvió en un abrazo. Su larga barba me rozó la cara al apretar su mejilla contra la mía.

—¡No lo puedo creer! —gritó, dando un paso atrás con lágrimas en los ojos—. Han pasado tantos años… No te reconocí, Jaclyn. ¡Me hace tan feliz que tía Greta te haya traído de vuelta al pueblo!

—¿Eres realmente mi padre? —tartamudeé.

Conrad no tuvo tiempo de responder. Rolonda y Eli vinieron corriendo hasta nosotros.

—¿Estás bien? —gritaron.

Conrad señaló a Rolonda y Eli.

—¡Ellos os salvaron la vida! —nos dijo a tía Greta y a mí—. Me dijeron que pensabas subir a la cueva de hielo. Tan pronto como oí eso, utilicé mis poderes mágicos para enviar a los muñecos de nieve a que os salvaran.

—¡Ohh! —exclamó Eli, al ver al monstruo congelado en el hielo —. ¡Mirad eso!

—Ése era el muñeco de nieve maligno —les explicó Conrad—. Ya nunca más será una amenaza para el pueblo.

Rolonda y Eli se aproximaron para ver de cerca al monstruo congelado.

—No entiendo —le dije a mi padre—. ¿Por qué te quedaste en el pueblo cuando mamá y tía Greta se fueron? ¿Por qué vives aquí en la montaña cerca de la cueva de hielo?

Se rascó la barba y suspiró.

—Es una larga historia. Cuando eras pequeña, tu madre y yo practicábamos una magia muy poderosa. Nuestra magia se nos fue de las manos y sin querer creamos este monstruo.

Señaló hacia la pared de hielo y sacudió la cabeza.

—Lo congelamos dentro del cuerpo de un muñeco de nieve —explicó—. Tu madre… se quería ir. Estaba tan asustada y afligida que quería irse lo más lejos posible del pueblo. Quería olvidar lo que había sucedido.

—¿Y por qué te quedaste? —inquirí.

—Me quedé porque pensé que se lo debía a la gente del pueblo —explicó—. Sentía que era mi deber mantener al muñeco de nieve en su cueva para evitar que hiciera daño a alguien.

Volvió a suspirar con tristeza.

—Por eso me quedé a vivir en la montaña, cerca del monstruo que habíamos creado. Pero… pero… dejarte a ti, Jaclyn, ¡fue la cosa más difícil que tuve que hacer en toda mi vida!

Me abrazó.

De nuevo, su barba me rascó la cara.

—Siempre he soñado con que algún día podría dejar la montaña e ir a buscarte —dijo suavemente—. Y ahora que el monstruo está muerto, el miedo por fin se ha acabado. Y Greta te ha traído de vuelta. Tal vez…

Se le quebró la voz. Le sonrió a tía Greta y luego a mí. Respiró hondo y lo intentó de nuevo.

—Tal vez… podamos ser una familia de nuevo.

Mi padre me llevaba abrazada cuando empezamos a descender por la ladera.

—¡Ey! —grité al ver que los muñecos de nieve se movían para bloquearnos el paso.

Con la alegría de encontrar a mi padre, ¡me había olvidado por completo de todos los muñecos de nieve!

Estaban cerrando un círculo alrededor de nosotros, rodeándonos.

Nos miraban con sus brillantes ojos negros como el carbón.

¡Nos miraban tan fríamente!

—¿Qué-qué van a hacer? —tartamudeé.

Sin darle tiempo a mi padre a responder, uno de los muñecos de nieve salió del círculo y se acercó pesadamente a nosotros. Movía los brazos nerviosamente y sus ojos destellaban.

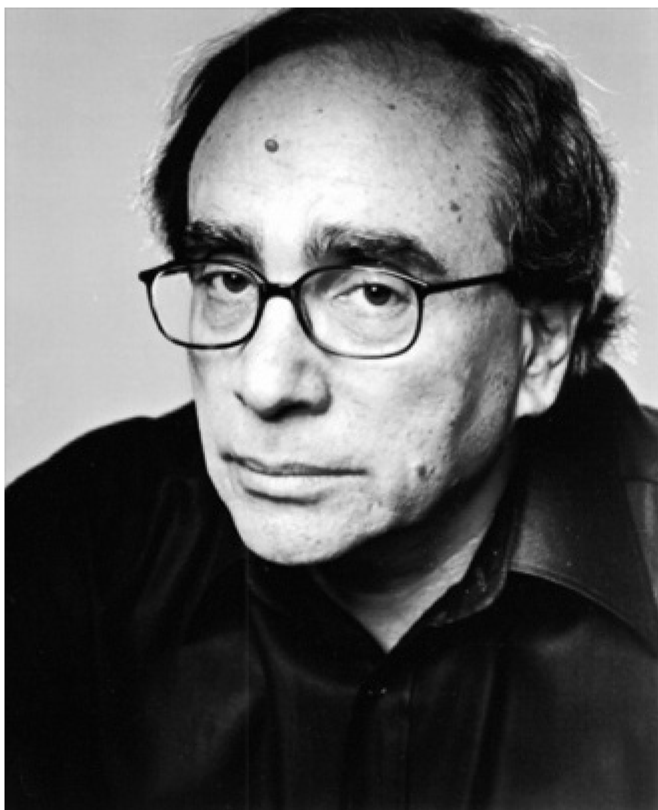
Me agarré del brazo de papá.

Los muñecos de nieve nos tenían completamente rodeados.

No había por dónde huir. No había posibilidad de escapar.

El muñeco de nieve se detuvo a centímetros de mi padre… y abrió la boca como si fuera a decir algo.

—¿Ya podemos bajar? —preguntó el muñeco de nieve—. ¡Hace mucho frío aquí arriba!



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

Ha logrado que *ocho* de los *diez* libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos sean suyos. De sus relatos, editados en las colecciones *Pesadillas* y *La calle del terror*, se han vendido millones de ejemplares en todo el mundo.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.

Bob creció en Columbus, Ohio, y en la actualidad vive cerca de Central Park, en Nueva York.